

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

ANTOLOGÍA

FOLKLÓRICA ARGENTINA

PARA LAS ESCUELAS PRIMARIAS

•

BUENOS AIRES
Guillermo Kraft Ltda.
Soc. Anón. de Impresiones Generales
1 9 4 0

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

PRESIDENTE:

Dr. PEDRO M. LEDESMA

VICEPRESIDENTE:

Dr. JUAN CARLOS AGULLA

VOCALES:

Prof. PRÓSPERO G. ALEMANDRI

Dr. JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ

Dr. CARLOS CORONEL

SECRETARIO GENERAL:

ALFONSO DE LAFERRERE

ANTOLOGÍA FOLKLÓRICA ARGENTINA
RESOLUCIÓN DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

16 de junio de 1939

Exp. 13545|P| 939. Aprobar el siguiente dictamen de la Comisión de Didáctica y adoptar como resolución la parte dispositiva del mismo:

“H. Consejo:

La protección y la difusión del folklore es hoy, en todos los países, motivo de constante empeño para las instituciones encargadas de velar por la cultura espiritual del pueblo.

Así lo ratificó el Primer Congreso Internacional de las Artes Populares convocado en Praga en 1928, en el que se dio una amplia participación al estudio de todos los asuntos relacionados con el folklore en general y, desde entonces, han seguido constituyéndose comisiones internacionales para estudiar y coordinar los esfuerzos tendientes a recoger todo el material de esta índole.

Nuestro país tiene motivos especiales para interesarse por este patrimonio común del arte y la experiencia populares. País de inmigración, expuesto a la influencia de razas, ideologías y culturas diferentes cuando no antagónicas, necesita neutralizar su cosmopolitismo reafirmando su personalidad en lo que viene de lo hondo de su historia y de su suelo, necesita vigorizar las instituciones y caldear el corazón con un patriotismo capaz de impedir que la diversidad de corrientes espirituales pueda llegar a desvirtuar la fisonomía de la nacionalidad argentina.

En nuestras escuelas no se cultivan los elementos folklóricos, a pesar del enorme poder de sugestión que tiene en los niños todo lo que se refiere a la tradición nacional, y a su utilidad como disciplina eminentemente formativa. Las lecturas y las poesías que se enseñan están a menudo alejadas de los personajes y asuntos de la realidad americana y argentina. Se desestima así el rico —y aun poco explorado— material del fabulario autóctono, singularmente elocuente y eficaz para la educación de nuestros niños.

Se ha olvidado el refranero popular de elevada filosofía, la ciencia que ha elaborado el gaucho en la llanura y en la montaña, tan útil al hombre porque es la ciencia práctica que lo ayudó en la ardua lucha con el medio físico. Se han olvidado las leyendas que dan a cada región su héroe predilecto o su numen tutelar.

Para que la escuela primaria cumpla su finalidad nacionalista, es

necesario que divulgue por la enseñanza en el aula, las manifestaciones más características de nuestra tradición.

La tradición es el vínculo más fuerte que ata a las agrupaciones humanas, es la expresión de la vida íntima de una región o sociedad y es también el culto por el pasado. Está formada por las leyendas, narraciones, mitos, refranes, creencias, fábulas, anécdotas. Constituye la vida interior de una sociedad y, como toda expresión de vida interior, está saturada de inspiración poética,

La tradición hace sentir las diferencias entre los pueblos vecinos, a pesar de la comunidad de origen y de ideales. Es también un esbozo de historia general, más susceptible de llegar al alma del niño que el frío razonamiento del historiador. Es, en sí misma, una fuerza viva que ha dado a cada región y a cada agrupación, un sello propio y una sensibilidad característica.

Los pueblos tienen que conservar no solamente el pensamiento creador del hombre, sino que deben cultivar también las fibras más íntimas del ser, en el sentimiento de amor al suelo natal y de respeto por sus primeras manifestaciones culturales. De ahí que la escuela deba resucitar las bellas danzas, los ayes de las vidalas, las leyendas, las canciones de cuna que bañan de luz el alma ansiosa de grandes y puros afectos, para que el pueblo se temple en la fibra abnegada de su raza.

Los niños argentinos tienen que conocer el heroísmo nativo, el alma naciente de nuestro pueblo con toda su bella ingenuidad; deben saber que este país generoso y pródigo, no es un milagro de la vida, sino que es el resultado de un largo trabajo humano realizado por amor a la Patria y así, aunque la crítica y el razonamiento filosófico modifiquen o transformen los valores históricos, los sentimientos magnificados por la fantasía popular, aprendidos con amor en la niñez, crearán una conciencia nacional.

En los programas de enseñanza aprobados por el Consejo, se han incluido temas folklóricos, y para que puedan ser debidamente interpretados y cumplidos por los maestros hay que proporcionar a estos un material apropiadamente selecto.

En los programas de historia y de moral de los diferentes grados, los episodios, anécdotas, leyendas, mitos —cuyas fuentes informativas no siempre son fáciles para el maestro— despiertan la curiosidad intelectual, hacen amena la enseñanza, absorben la atención y emocionan el espíritu, acrecientan las virtudes cívicas y afirman los sentimientos de hombría de bien y el sentido de la responsabilidad.

Cosa análoga ocurre con los programas de lenguaje, en los que deben incluirse romances, fábulas, poesías, refranes, que ejercitan la retentiva y transportan el espíritu del niño a un mundo ideal con sutiles emociones

estéticas.

Cada zona geográfica de nuestro país tiene su tradición, sus danzas, sus cantos, su música y sus creencias, su núcleo vital alrededor del cual ha elaborado su evolución.

El desarrollo de los programas de geografía y de naturaleza se hará mucho más ameno e interesante si a la enumeración de las condiciones físicas de una región determinada se agrega la información pertinente de la vida, costumbres, mitos, leyendas, relacionadas con los habitantes indígenas, con los animales y plantas de la región.

Las danzas, rondas y cantos nacionales son elementos indispensables en la recreación y de utilidad primordial para la educación rítmica del oído infantil y para completar la educación física y estética.

Es también oportuno señalar la conveniencia de que los autores de textos de lectura, en cuyo perfeccionamiento el Consejo se halla vivamente interesado, tengan una fuente donde recurrir para elegir narraciones, cuentos, poesías, fábulas y demás material aprovechable.

En el año 1921, a iniciativa del entonces Vocal, Doctor Juan P. Ramos, el Consejo dictó una importante resolución ordenando una recopilación de la literatura popular, con la contribución del personal de las escuelas de la ley 4874, de las de Capital Federal y de Territorios y de los particulares que pudieran aportar elementos folklóricos. El abundante material enviado por maestros y directores de las escuelas, constituyó bien pronto una voluminosa colección, la que, no pudiéndose publicar total o parcialmente, como se aconsejaba en la resolución de referencia, fue entregada por el Consejo y como donación, a la Facultad de Filosofía y Letras de la Capital, en cuyo archivo de documentos se encuentra.

El Instituto de Literatura de dicha Facultad, que dirige el Doctor Ricardo Rojas, ha publicado hasta la fecha 11 volúmenes con el catálogo descriptivo de parte de la colección, cuyo total de piezas suma varios miles. El catálogo, que continúa publicándose, divide el material por provincias y territorios, habiendo aparecido ya los correspondientes a Salta, Tucumán, La Rioja, Santiago del Estero, Catamarca, San Juan, Mendoza, San Luis y las Gobernaciones.

La Comisión de Didáctica ha considerado la conveniencia de efectuar una selección rigurosa de este material y editar una serie de pequeños volúmenes con composiciones adaptadas a la capacidad infantil y separadamente para adultos, obra que podría completarse con nuevos elementos que aportarían los maestros y directores actuales, del Interior, a quienes se les solicitaría colaboración.

La resolución del Consejo de 1921 fue sumamente amplia por cuanto trataba de coleccionar el máximo de lo hasta entonces existente en

materia de folklore, y en mérito de ello se adoptó una clasificación y se dictaron las instrucciones correlativas, ilustradas con ejemplos a objeto de facilitar la tarea.

Lo que ahora se propone es más limitado en sus alcances, pues muchos de los temas lógicamente requeridos para el fin propuesto en 1921 no tendrían ya objeto y hasta sería inconveniente incluirlos en una selección que, por el solo hecho de estar destinada para niños, debe formarse con composiciones de determinada índole, sumamente sencillas y fácilmente asequibles.

La complejidad y extensión de la tarea no permite que pueda ser realizada por un solo individuo, es indispensable el trabajo de varias personas actuando en colaboración, las que previamente deben unificar criterio y trazar un plan al que deberán luego subordinar su labor.

Por lo expuesto y en el convencimiento de lo útil que resultará ofrecer a los maestros de nuestras escuelas material folklórico adecuado para la enseñanza primaria, esta Comisión de Didáctica, presenta el siguiente proyecto sobre publicación de una ANTOLOGÍA FOLKLÓRICA ARGENTINA.

El H. Consejo resuelve:

1.º Efectuar una selección del material folklórico enviado por los maestros y directores del Interior a raíz de la resolución del 16 de marzo de 1921, actualmente archivado en la Facultad de Filosofía y Letras, escogiendo las piezas de mayor valor y adecuadas para la enseñanza primaria.

2.º La colección se ordenará y clasificará dentro del siguiente orden:

1.º En prosa:

- Leyendas, cuentos y relatos imaginarios.
- Narraciones de sucesos reales.
- Fábulas y apólogos.
- Anécdotas.
- Descripción de costumbres, creencias, objetos y escenas naturales.
- Refranes y proverbios.
- Adivinanzas.

2.º En verso:

Agrupación en los siguientes géneros poéticos:

- Lírico y subjetivo.
- Heroico e histórico.
- Religioso y mitológico.

- Preceptivo y moral.
 - Bucólico y descriptivo de la naturaleza.
 - Satírico.
 - Rimas infantiles y canciones de cuna.
- 3.º Juegos y entretenimientos:
- a) Juegos infantiles.
 - b) Juegos populares.
 - c) Juegos de sociedad.
- 4.º Música y danza:
Canciones populares que se cantan con acompañamiento de música, el gato, el triunfo, la firmeza, la media caña, el huayno, el triste, el aire, las tiranas, la vidalita, el pericón, la cueca, el prado, la milonga, el caramba, el marote, la zamba, el cuándo, etc.
- 3.º Dirigir circular a los directores y maestros del Interior requiriéndoles el envío de nuevo material con el objeto de enriquecer la colección existente.
- 4.º Nombrar a la Directora, Profesora Berta E. Vidal de Battini; Maestra y Profesora de Enseñanza Secundaria, doctora Josefina Quiroga; Profesor Juan Alfonso Carrizo; Director Profesor Fermín Estrella Gutiérrez; Profesor Leopoldo Marechal; Maestro señor Germán Berdiales; Inspector de Música Athos Palma; Inspector de Música Profesor José André y Director doctor Enrique Mariani, para que en Comisión y bajo la presidencia del señor Jefe de la Oficina de Información, don Enrique Banchs, procedan a seleccionar, adaptar y ordenar el material, proyecten la nómina del nuevo que ha de requerirse a los directores y maestros del Interior y corran con todo lo pertinente para dar cumplimiento a lo dispuesto en esta resolución.
- 5.º Fijar el plazo de 31 de octubre próximo a fin de que la Comisión presente los trabajos del primer volumen para niños y del primero para adultos.

Comisión de Didáctica, 12 de junio de 1939.

(Fdo.): PRÓSPERO G. ALEMANDRI.
CONRADO M. ETCHEBARNE”

PRÓLOGO

La resolución del Consejo Nacional de Educación, transcrita precedentemente, se propone llevar a la escuela lo más acendrado del material folklórico que recogieron los maestros de su dependencia en el año 1921. Cree con evidente razón que las reliquias del pasado, hijas del alma y del intelecto populares, poseen una virtud formativa del espíritu nacional, cuyo carácter propio se sustenta en la continuidad de la tradición. Los fundamentos de aquella resolución exponen tan clara y detenidamente ese pensamiento que, dispensan de explicar la índole y el propósito de la presente obra, inspirada fielmente en él, para ser instrumento de su realización.

Pero importa justificar algunas características de la obra que no parecen responder puntualmente a las normas de dicha resolución y, de paso, dar a conocer las condiciones peculiares en que el trabajo que representa fue ejecutado.

El material reunido por iniciativa del Consejo Nacional de Educación y cedido luego al Instituto de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras —donde se encuentra y ha sido catalogado— comprende alrededor de cuarenta mil piezas. Esta abundancia, real en cuanto al trabajo que exigió su revisión, es solo aparente en cuanto al número de los documentos utilizables. Quedó este reducido extraordinariamente en razón de las versiones repetidas; de los textos incompletos o viciados; del valor desdeñable o inequívocamente nulo de muchos de los envíos y, en no pocos casos, a causa de ser ajenos al folklore. Sin duda, en general, el magisterio respondió a la invitación con notable buena voluntad y, si bien no frecuentemente, con marcada competencia; pero fue muy desigual la interpretación de las instrucciones impartidas, apremiante el tiempo para cumplirlas, y nuevo para aquellos de quienes se requería, tal género de trabajo. Todo ese material fue recogido en grueso, sin método ajustado a un fin determinado y sin las garantías y resguardos que tiene por indispensables el investigador profesional, de suerte que las cuarenta mil piezas debieron ser objeto de una expurgación cuidadosa y paciente por diversos conceptos, entre los cuales fue principal la consideración de su uso en la escuela. Lo escogido tras esa selección no ofrece, sin duda, un conjunto indiscutiblemente superior para responder en igual proporción a todos los géneros folklóricos mencionados en la resolución del Consejo. No obstante, está segura la Comisión de que esta obra, aun incompleta, contiene frutos inestimables del ingenio y del sentimiento populares que, sin ella, se habrían perdido. No desconoce la obra meritísima de los

investigadores individuales de nuestro folklore que han logrado salvar los fragmentos más delicados de nuestro pasado; pero se debe admitir que su esfuerzo no es tan vasto ni múltiple que alcance a cubrir toda la extensión del país —como lo ha hecho el concurso promovido por el Consejo Nacional de Educación—, ni que en todas partes ha de llegar a tiempo, en esta época de rápidas alteraciones étnicas, para captar las reliquias de primera agua de la memoria del pueblo. Por eso estima que esta selección, que urgía realizar es, en cierto modo, insustituible y ha de ser el medio eficaz y fiel del propósito patriótico que inspiró la resolución del Consejo.

Se ha de tener en cuenta ese propósito para interpretar con exactitud tanto el título como el contenido de la obra. Esta no pretende ser asimilada a las colecciones que han publicado los investigadores eruditos a que se ha aludido más arriba. Tienen esas colecciones un mérito especial y tiene este libro otro carácter. Es una antología de lo ya recogido. Su fin es didáctico, no científico. Los problemas de la investigación folklórica no le son del todo ajenos pero, en este punto, la Comisión solo se ha preocupado de cerciorarse de la antigüedad de las versiones que tuvo a la vista, de su anonimidad y de su difusión en nuestro territorio o de su conocimiento en el medio popular. Y todo esto sin extremar la inquisición en cuanto a los orígenes y sus relaciones con el folklore de otros países, ni agotar, para lo primero, el rigor de la prueba. Queda siempre virtualmente virgen para los especialistas la colección que conserva el Instituto. Así, la cuestión de suma importancia para el estudioso de esta materia, de determinar, por ejemplo, si un cantar es realmente autóctono, obra de creación propia o de tradición foránea, ha sido considerada por la Comisión en segundo plano o interpretada de manera que varía con la corrientemente aceptada. Es decir, ha estimado como folklore argentino producciones de notorio origen español, pero desde remoto tiempo asimiladas íntimamente por nuestro pueblo que las siente, las ama, las propaga, las tiene por suyas y, punto importante, han influido e influyen en su formación espiritual. No podía proceder con otro criterio, luego de haber comprobado el predominio abrumador del elemento español, ya conservado con identidad absoluta, ya con ligeras variantes de vocabulario, al parecer más involuntarias que deliberadamente inventivas. Este patrimonio intelectual es, por otra parte, compartido con otros países de habla hispana, de tal manera que se sujeta aún a mayores reservas el calificativo de argentino para designar el material folklórico que, como la flora y la fauna, no reconoce fronteras políticas. Si la Comisión se hubiese atenido a aceptar solo lo inequívocamente indígena —de difícil comprobación, por otra parte—, no habría sido posible realizar la presente selección. Ha debido ser, pues, ampliamente tolerante en este respecto y admitir como originariamente nuestro todo cuanto ofrecía

certidumbre de antigua naturalización en nuestro territorio.

En cambio, ha influido en sentido restrictivo el destino escolar de este libro. Numerosas composiciones de irreprochable belleza formal y de feliz ingenio debieron ser dejadas de lado porque no cumplían por su fondo las condiciones de un texto utilizable en el aula. El caudal folklórico reunido por el Consejo en 1921 es, por consiguiente, más rico de lo que supone este florilegio. No obstante, en algunas ocasiones la Comisión no se ha decidido a sacrificar, en mérito a su belleza, piezas en ciertos aspectos objetables, confiando en que el maestro sabrá adaptarlas a propósitos de educación y extraer de ellas lo esencial para una enseñanza noble, a modo, precisamente, de aquel curioso fenómeno folklórico de las coplas profanas que suscitaron glosas edificantes. Y esto que se dice en cuanto al contenido y a las sugerencias del contenido, se aplica también a la forma, y en particular a los vocablos que constituyen formas populares del lenguaje y que aquí se mantienen tales como fueron oídos, por razones de fidelidad y por lo típico de su energía expresiva, pero que el maestro deberá observar en cada caso, haciendo notar que se trata de modismos incorrectos y de uso vitando.

Esa fidelidad a la versión original, imperativa para la letra poética, no se ha conservado para los relatos en prosa, que por venir en textos gramaticalmente deficientes o con añadiduras superfluas o a fin de conciliar en una versión más rica diversas variantes de un mismo tema, han sido redactados de nuevo, en estilo impersonal y conservando el ingenuo modo popular. Una observación semejante corresponde formular con respecto a las composiciones musicales —impresas en otro volumen— cuya primitiva transcripción defectuosa exigió para todas ellas una armonización efectuada por los miembros especialistas de la Comisión, con el mismo respeto escrupuloso del motivo característico.

Una importante faz del folklore ha sido omitida en esta colección. Es la que comprende la descripción de costumbres, de industrias primitivas típicas, de medicina popular, de adagios que compendian el saber empírico del pueblo, y la toponimia, tan pintoresca y expresiva en nuestro país. No es preciso mencionar las supersticiones y las prácticas de grosera ignorancia, eliminadas por razones obvias. En cuanto a la primera, se consideró que constituía un material tan dispar por su forma y su espíritu del principal, netamente literario, que incorporado a este habría afectado la homogeneidad y la armonía del libro. Por otra parte, lo escogido en esos dominios resultaba fragmentario e inconexo y no bastaba a dar una idea general, por superficial que se la admitiese, de nuestras costumbres populares, idea fácilmente accesible en libros ya corrientes. Pero estos menudos elementos han sido seleccionados y depurados y podrán ser útiles

en otra oportunidad: acaso en una publicación especial. La Comisión cree justificada esta exclusión, insistiendo en que, en su criterio, ha primado la consideración estética y seguidamente la educativa, si bien se entiende que la primera entraña buena parte de esta.

Merece también mención porque explica otras omisiones que advertirán los eruditos, el hecho de haber sido preferidas formas evidentemente populares a textos retóricamente acabados, que no obstante ser anónimos y difundidos, denunciaban un autor culto y por consiguiente era razonable suponerlo desvinculado no solo de la creación del pueblo sino también, lo que más importa, de la comprensión del pueblo. Por ello se ha preferido reproducir la tradición oral a la fijada por escrito. No pocas de las composiciones que se dan como populares revelan, por la tersura, la riqueza y la exactitud del idioma, así como por las imágenes nada familiares y la prolongada regularidad de la métrica, ser obra de un desconocido autor culto y aun cultísimo, pero lo cierto es que se allanaron con el tiempo a la comprensión dilecta de los iletrados y enriquecieron el lenguaje más humilde. De ahí el pulcro casticismo de muchos modismos de nuestros campesinos y sus inesperadas alusiones a personajes bíblicos o de los romances de caballería.

Otra eliminación obligada fue la de aquellas composiciones incompletas o de texto visiblemente viciado. Pero en este punto encontró la Comisión valioso auxilio para salvar deficiencias y para dar debida representación a ciertos géneros en las copiosas colecciones reunidas por D. Juan Alfonso Carrizo, quien autorizó frecuentes reproducciones. Otros miembros de la Comisión contribuyeron también con algunas versiones recogidas personalmente *in situ*. Son estos los casos únicos, numéricamente poco importantes, de incorporación de un material que no figura en el que perteneció al Consejo Nacional de Educación.

Mediopollo

Esta era una viejecita que vivía sola en el campo. Tenía como único haber una gallinita que ponía todos los días un huevo. Cuando juntó trece huevos, se los llevó a una comadre vecina para que los hiciera empollar, y convinieron en que se repartirían por igual los pollos que nacieran.

La comadre tenía una clueca y le echó los huevos diciendo:

—Padre mío San Salvador,

que salgan todas pollitas y un solo cantor.

Nacieron doce pollas y un solo gallito.

Cuando se hizo el reparto, se separaron seis pollas para cada viejecita, y no sabiendo qué hacer con el pollo, determinaron partirlo por la mitad. La dueña de la clueca comió la que le correspondía, pero la viejecita de los huevos curó la suya, consiguió que siguiera viviendo, y tuvo así un medio pollo. Mediopollo creció fuerte y sano. Era muy cariñoso y andaba siempre detrás de la viejecita llamándola con su pío, pío, pío, pío. Queriendo ayudarle en su pobreza, le pidió permiso para salir a *rodar tierra* (1) prometiéndole volver cuando hubiera ganado algún dinero. La viejecita, afligida, le dijo:

—Pero, hijito, eres tan chiquito, ¿dónde irás? Te van a comer los animales dañinos.

—No, mamita, no me pasará nada, yo sé defenderme —le contestaba el Mediopollo tratando de convencerla.

La viejecita llorosa le *echó la bendición*, y lo despidió rogando a Dios que lo ayudara.

Mediopollo se marchó saltando con su única patita. Había andado un buen rato cuando se le apareció una iguana (2) y le dijo:

—¡Hola!, Mediopollo, te voy a comer.

—No me comas —le contestó el Mediopollo—, que voy a *rodar tierra* y a ganarme la vida.

—Entonces, llévame —le propuso la iguana.

—¿Cómo puedo llevarte yo, tan chiquito? —le contestó.

—Pues te como si no lo haces —le replicó la iguana. Mediopollo aceptó y le dijo:

—Éntrate por mi piquito

y tráncate con un palito.

Así lo hizo la iguana y Mediopollo marchó con ella dentro.

Más adelante lo paró un zorro, y hablaron así:

—Mediopollo, estaba afilando mis dientes para comerte.

—Cómo me vas a comer, zorro, si voy a *rodar tierra* y a ganar algunas monedas para mi mamita.

—Llévame, entonces.
—¿Cómo te llevaré siendo yo tan chiquito?

—Si no me llevas, te como.

—Éntrate por mi piquito
y tráncate con un palito.

De este modo también llevó dentro al zorro.

En una vuelta del camino se encontró con un león flaco que andaba con mucha hambre y que, haciéndolo parar, le dijo:

—Acércate, Mediopollo, que tengo que decirte un secreto.

No me acerco, le contestó el Mediopollo, tú me quieres comer. Déjame que voy a *rodar tierra* y a ganar dinero para mi mamita que es muy pobre.

—¿Puedes llevarme contigo?

—¿Cómo podré llevarte?

—Llévame, si no te como — dijo ásperamente el león.

—Éntrate por mi piquito.
y tráncate con un palito.

Y siguió, cargando con el león.

Después de un rato de viaje, se le apareció de improviso el tigre y sostuvieron un diálogo animado:

—¿Adónde vas, Mediopollo?

—Voy a *rodar tierra* y a ganar dinero para ayudar a mi mamita.

—Llévame.

—¿Cómo podré llevarte?

—Te comeré si no me llevas.

—Éntrate por mi piquito
y tráncate con un palito.

Marchaba Mediopollo con todos sus acompañantes en el buche, cuando un río crecido le atajó el camino, y hablaron así:

—¿Adónde vas, Mediopollo?

—Voy a *rodar tierra* y a ganar unos pesitos para mi mamita.

—Llévame.

—¿Cómo podré llevarte?

—Si no me llevas, te ahogo.

—Éntrate por mi piquito
y tráncate con un palito.

El río se dejó beber por el Mediopollo.

Después de algunos días de marcha, el Mediopollo llegó a pedir trabajo al palacio del Rey que, al verlo, sintió lástima y lo hizo alojar en el granero.

Al día siguiente, cuando vio que Mediopollo se había tragado casi

todo el trigo, el Rey, enojado, mandó que lo echaran en el gallinero para que lo mataran las gallinas y los gallos. Estos, al ver la rara figura de Mediopollo, comenzaron a darle tremendos picotazos, pero él largó la iguana y el zorro; mientras la una se comía todos los huevos, el otro se dio un banquete de gallinas gordas.

Mayor fue el disgusto del Rey al encontrar el gallinero vacío, y ordenó que echaran a Mediopollo en el corral de las vacas.

Hubiera muerto el Mediopollo bajo las pezuñas de las vacas, si no hubiera hecho salir al momento al león que las mató y las comió todas.

Más enfadado aún, el Rey mandó echar a Mediopollo en el corral de los potros, pero, asustado por los cascos movedizos de los potros, Mediopollo largó el tigre, que no dejó ninguno vivo.

El Rey, enfurecido, quiso castigar a Mediopollo con la mayor crueldad y ordenó que calentaran un horno enorme que tenía en el palacio. Obedecieron los criados y echaron a Mediopollo al fondo del horno en llamas, pero en ese mismo momento, él largó el río crecido que no solo apagó el fuego y enfrió el horno, sino que comenzó a inundar el palacio.

El Rey, su familia y su servidores huyeron temerosos de morir ahogados, y dejaron así a Mediopollo dueño del palacio y de grandes riquezas.

Se celebró el acontecimiento con un gran banquete, después del cual los buenos amigos de Mediopollo se retiraron a vivir en el campo.

Mediopollo, rico, mandó buscar inmediatamente a su mamita, y en aquel lujoso palacio vivieron años y años contentos y rodeados de comodidades.

Y un burrito pasó por ahí
y le dejó un atado de maíz.
Y fue por un caminito
y encontró un zapato roto
para que Ud. me cuente otro.

(1) Expresión de la lengua rural argentina usada particularmente en los cuentos y que tiene el significado de ‘correr mundo’.

(2) Iguana: Tupinambis Teguixir, o un lagarto grande, impropriamente llamado iguana. Vive en casi toda América del Sur y es muy común en la Argentina.

Redactamos este cuento sobre las versiones enviadas por las Sras. Agustina L. Alvarado y Rosa D. de Vanotti, de las provincias de Buenos Aires y Salta respectivamente, y otra recogida por nosotros en San Luis. También se han consultado las enviadas por el Sr. Plácido Romero (“El

gallito de las patas de oro”), de La Rioja, y la Srta. Rosa Azcoaga (“El gallo pelado”), de Tucumán. El tema, en su variante de “El gallito pelado”, tiene gran extensión en el país.

LA NIÑA PRUDENTE

Había una vez un viejo pescador que vivía junto al mar con su mujer y sus tres hijas.

La menor de las hijas, que era la más virtuosa y la más bella, lo acompañaba todos los días y lo ayudaba a pescar. Las dos mayores vendían el pescado en la ciudad vecina y con ese dinero compraban lo necesario para vivir.

Un día, el pescador fue solo a la tarea y en toda la mañana no pudo pescar absolutamente nada. Desesperado, pensando en que ese día su familia no tendría qué comer, se puso a llorar sentado en una piedra de la playa. En ese momento, el mar comenzó a bramar y a enfurecerse. Quiso huir, pero una voz muy fuerte le ordenó que se quedara. Vio salir entonces de las aguas un jabalí blanco que le habló así:

—¿Quién te ha dado permiso para pescar en mis dominios? ¿No sabes que en el fondo de este mar hay una ciudad encantada y que, por castigo, sus habitantes se han convertido en animales? Yo soy su dueño. Si quieres seguir teniendo alimentos para los tuyos, debes traerme mañana mismo la niña que te acompaña todos los días.

El mar bramó nuevamente y desapareció el jabalí.

El viejo regresó muy triste a su casa. Apremiado por las preguntas de su mujer y de sus hijas, refirió cuanto le había ocurrido.

La hija menor le rogó que no se afligiera, y tanto insistió en que debía cumplir la orden del jabalí, que al fin el padre consintió. Aceptaba cualquier sacrificio para salvar a los suyos de la miseria.

A la mañana siguiente la niña se despidió de su madre y de sus hermanas que lloraban amargamente, y marchó con su padre a la orilla del mar. A los pocos minutos, bramó el mar, se abrieron las aguas y apareció el jabalí.

—Has hecho muy bien en obedecerme —le dijo al viejo—, pues, si no, tu familia hubiera perecido de hambre. Desde hoy en adelante, pescarás magníficos peces, tantos como quieras.

Luego, se dirigió a la niña y le dijo:

—Atiende bien a mis palabras que de su cumplimiento dependerá tu vida y nuestra suerte. Toma esta jarra de oro, llénala de agua y ácala con esta cadena a mi cuello. Sube a mi lomo, agárrate de mis orejas y ármate de valor. Cuando lleguemos a la ciudad que duerme, en el fondo del mar, no debes hablar una sola palabra ni acariciar a nadie durante tres días. Si resistes la prueba, al amanecer del cuarto, toma la jarra y echa gotas de agua sobre todos los animales que encuentres desde que salgas de tu habitación, hasta que termines de recorrer las calles de la ciudad.

La niña prometió con firmeza cumplirlo todo, y luego se hundieron en el mar.

Las aguas se abrían descubriendo un ancho camino. Después de un viaje que a la niña le pareció larguísimo, llegaron a una ciudad resplandeciente, llena de palacios, de estatuas y de jardines.

Muchas veces su admiración por las maravillas que veía estuvo a punto de arrancarle palabras de alabanza, pero siempre cuidaba de callar.

La casa donde debía alojarse era la más suntuosa de la ciudad. Nadie la habitaba. El jabalí la dejó y también desapareció. Solo dos perritas blancas le servían la comida atendiéndola en cuanto necesitaba. Eran tan inteligentes y cariñosas, que muchas veces tuvo que encoger la mano que, sin pensarlo, había alargado hacia ellas para acariciarlas.

El silencio y la soledad de la ciudad eran tan grandes como los de su casa; solo animales tristes la recorrían por todas partes.

Ni por admiración, ni por asombro, ni por miedo, la niña, a pesar de vivir sin testigos, dejó un solo momento de dominar sus impulsos y de medir su proceder. Tenía la esperanza de que Dios premiaría su sacrificio.

Pasaron los tres días y, al amanecer del cuarto, tomó su jarra de oro y echó algunas gotas de agua a las perritas blancas que en ese momento aparecieron. En el acto se transformaron en dos graciosas doncellas. Al salir de su habitación encontró al jabalí, hizo lo mismo y lo convirtió en un gallardo joven. Siguió rociando con el agua de su jarra a todos los animales que encontraba, y todos tomaban forma humana.

En pocos minutos, la ciudad recobró su antigua vida. Desaparecieron las aguas que la cubrían, y en lugar del mar surgió a la superficie de la tierra una opulenta ciudad.

El jabalí, que era el príncipe de aquella comarca, dijo a la niña que ella había roto el encanto que pesaba sobre la ciudad y sus habitantes desde hacía miles de años, por haber sido la única, entre muchos, capaz de dar aquella prueba de valor y de prudencia.

El príncipe se casó con la niña y mandó buscar la familia del pescador que vivió, desde entonces, en un espléndido palacio.

La alegría y la felicidad de los habitantes de aquella ciudad maravillosa fueron eternas.

El tema de este cuento, con diversas variantes, tiene gran extensión en nuestro país. Redactamos este sobre la recogida, con el título de “El cuento del jabalí”, por la Srta. Julia Saravia, en Jujuy, que es el más original. Tenemos a la vista las versiones enviadas por el Sr. Alejandro Castro, de San Juan, con el título de “El cuerpo sin alma” y por el Sr. Octavio del R. Guiñazú, de San Luis, con el de “El palacio de los tres picos

de amor”.

LA PALOMITA

Había una vez una niña, hija única, y la más bonita de la comarca. Era hacendosa pero desobediente.

Ayudaba a su madre en los quehaceres de la casa y el resto del día jugaba con sus muñecas, a las que quería muchísimo. Las muñecas eran de trapo, como son generalmente las de las niñas campesinas; hechas unas por ella, otras por la madre.

Sus padres le prohibían siempre que se alejara de la casa, porque el campo tiene muchos peligros para los niños que andan solos, pero siempre los desoía y se internaba en el *monte* (1). Entre los matorrales hacía la casa de sus muñecas, y durante horas y horas permanecía en un mundo diminuto que ella animaba con su imaginación.

Un día, un *jote* (2) descendió hasta el matorral y le arrebató la más hermosa de sus muñecas. Llevándola en el pico se posó en un árbol cercano. La niña, asombrada, tuvo la esperanza de que soltaría la muñeca y corrió a su lado, pero el jote levantó el vuelo y volvió a posarse cerca, como esperándola. Y así, volando el ave de trecho en trecho y la niña corriendo en su busca, pasó todo el día. Al anochecer, el jote soltó su presa y desapareció. La niña abrazó llorando a su hijita rescatada, y entonces se dio cuenta de todo lo que había andado, de su soledad y del peligro que corría. Quiso volver, pero estaba desorientada y todos los rumbos le parecieron equivocados. Su terror se ahondó con la obscuridad de la noche y los gritos de los animales salvajes. Se trepó a un árbol y allí esperó el amanecer. Con el alba emprendió la marcha. Caminó todo el día, volvió a pasar la noche en un árbol, y con las primeras luces, continuó marchando a la ventura. Ya creía morir de hambre y de sed, cuando a lo lejos vio humo y se encaminó en esa dirección. Pronto llegó a un ranchito que encontró solo. Llena de temores penetró en la cocina: en una gran tinaja (3) había agua fresca; en el fuego, hecho en el suelo (4), hervía una ollita de locro (5). Bebió y comió. Reanimada, pasó a la humilde habitación continua y vio allí dos baúles, dos sillas y dos camas iguales.

La niña barrió el ranchito, echó leña al fuego, *espesó el locro*, tendió las camas y se acostó a descansar en una.

A mediodía, voces que se acercaban la sobresaltaron. Buscó a su alrededor dónde esconderse, y no hallando otro lugar, dio vuelta una *batea* (6) y se ocultó en su hueco.

Desde allí vio que llegaban dos mozos y que, asombrados de encontrar la casa limpia y arreglada, y la comida a punto, escudriñaban por todos lados, preguntándose: —¿Quién habrá venido? ¿Quién será? De pronto, dijeron: —¿Y ese trapito tan bonito que se ve ahí? Era la orilla de

su vestido. Levantaron la *batea* y la descubrieron. —¡Qué niña preciosa!, exclamaron: —¿Qué haces aquí?

La criatura temblando de miedo contó su historia. No conocían el lugar de donde venía y le pidieron que se quedara con ellos; le propusieron que la tratarían y la cuidarían como una hermanita y que, en cambio, ella podría atender la casa.

Eran ellos dos gemelos que hablaban al mismo tiempo, comían en la misma forma, y así caminaban y hacían cuanto era posible imaginar. Al principio esta rareza molestaba a la niña, pero eran tan buenos, que pronto se acostumbró y los quiso como a hermanos verdaderos. Ellos la adoraban.

Los mozos trabajaban en una cantera de cal y piedra de un Rey joven y soltero, dueño de la comarca.

Pasaron algunos años.

Una tarde, el Rey salió de caza recorriendo sus bosques, llegó al ranchito, vio a la niña, habló con ella, quedó prendado de su belleza y de su inteligencia, y al día siguiente la pidió a los hermanos para casarse con ella y hacerle Reina.

Esa noche los mozos estaban muy tristes pensando en que tenían que separarse de aquella hermana que les había mandado Dios, y preocupados con esa idea, mientras comían, uno llevó la cuchara a la boca antes que el otro, tragaron a destiempo, y en el acto se transformaron en bueyes. La niña lloró desesperadamente y, acariciándolos, les prometió llevarlos al palacio del Rey cuando fuera Reina. Los bueyes lamían sus manos y restregaban el testuz en sus rodillas, agradecidos.

Y así sucedió. Se casó la niña, fue Reina, e inmediatamente ordenó la construcción de un cómodo pesebre para los bueyes, y puso un cuidador para que los sirviera con toda atención.

Los reyes vivían muy felices y lo fueron doblemente con el nacimiento de un niño hermosísimo.

Servía a la Reina una negra muy astuta y adulona, que era hechicera. Tanta envidia sentía por la belleza y la ventura de su ama, que pasaba las horas meditando la forma en que podría perderla. Se decía para sus adentros que, si una niña tan humilde había llegado a ser Reina, bien podría llegar a serlo ella también.

Un día, en que el Rey salió a vigilar la labranza de sus campos, la negra pidió a su señora con tanta insistencia que le permitiera peinarla, que la Reina, bondadosa y confiada como era, se lo concedió.

Mientras fingía desenredarle los rizos, la negra le clavó un alfiler hechizado de esos que tienen la cabeza de palomita, y en paloma se transformó la reina y voló hacia las montañas.

Cuando regresó el Rey, la negra muy empolvada, compuesta y

vestida con los trajes de la Reina, salió a recibirlo. Sofocada y llorosa le contó que la negra la había abandonado, que del disgusto se le habían mudado las facciones y teñido la piel.

El Rey sufrió mucho lo ocurrido y sintió lástima por su esposa que tanto había cambiado.

Delante de él, la negra demostraba mucha preocupación y cariño por el pequeño, pero en realidad lo descuidaba y no permitía que nadie lo atendiera.

—A esos bueyes inútiles hay que hacerlos trabajar —dijo a sus servidores—. Se van a morir de gordos; que los lleven a acarrear cal y piedra del cerro. —Y así lo hicieron.

La bondad y la dulzura proverbiales de la Reina, se habían trocado en deseos mezquinos y en órdenes crueles.

Una mañana muy temprano, mientras el hortelano del Rey regaba sus plantas, vio que una palomita blanca se le acercaba para hablarle. Prestó atención y oyó que la palomita le decía:

—¿Qué haces, hortelano?

Él contestó:

—Cuidando flores para oler.

Y preguntando ella y él contestando, siguieron así:

—¿Qué hace el Rey?

—Jugando y chanceando con su mujer.

—¿Qué hacen los *bueycitos*? (7).

—Tirando cal y piedra desde el cerro.

—¿Qué hace el niño?

—A ratos llora, a ratos calla.

—Llora, llora, niño de mis entrañas,
que tu madre anda por las montañas.

Y diciendo esto se voló.

Al día siguiente volvió la palomita y asentada en la misma rama, hizo al hortelano las mismas preguntas.

Como las visitas se repetían diariamente, el hortelano se lo contó al Rey. El Rey, muy intrigado, le ordenó que en cualquier forma atrapara viva a la palomita y se la trajera.

El hortelano puso gran cantidad de pegapega en la rama en que la paloma se posaba siempre. Llegó la paloma y se entabló el diálogo acostumbrado:

—¿Qué haces, hortelano?

—Cuidando flores para oler.

—¿Qué hace el Rey?

—Jugando y chanceando con su mujer.

—¿Qué hacen los bueycitos?
—Tirando cal y piedra desde el cerro.
—¿Qué hace el niño?
—A ratos llora, a ratos calla.
—Llora, llora, niño de mis entrañas,
que tu madre anda por las montañas.

Intentó volar entonces, pero quedó pegada. El hortelano la tomó con cuidado y se la llevó al Rey, que quedó maravillado de la avecita. La negra, en cambio, comprendió que corría peligro de ser descubierta, y gritó y lloró pidiendo que soltaran “ese sucio animal”, como decía, pero el Rey no le hizo caso.

Acariciando la cabeza de la palomita, descubrió el Rey el alfiler, se lo arrancó compadecido, y en el acto se transformó en la joven y hermosa Reina que era. Abrazó a su esposo, corrió en busca de su hijito, y llorando de alegría al verse libre del encanto, refirió cómo había sido hechizada por la negra. Al Rey le parecía un sueño tanta ventura.

La Reina pidió que trajesen los bueyes, y ellos le lamían las manos y saltaban como terneros, de contentos.

Por orden del Rey la negra fue arrojada del reino.

En el palacio se hicieron fiestas que duraron muchos días para celebrar la felicidad de los Reyes y del Príncipe, que nunca se interrumpió.

Y colorín colorado
este cuento se ha terminado.

(1) *Monte*, ‘bosque’ — arcaísmo conservado en la Argentina y en otras regiones de América. En obras científicas como las de Franz Kühn se usa para denominar el bosque abierto de la llanura interior —región del ‘monte’— (Geografía, p. 62). La formación del ‘monte’ (Fisiografía, p. 181).

(2) *Jote* - *Catharistes atratus* - Es el nombre del gallinazo que abunda en toda la Argentina, desde el Río Negro al Norte. El Diccionario de la Academia dice de esta ave de rapiña: ‘especie de buitre de Chile’.

(3) Aún usan los campesinos argentinos del interior las tinajas hechas por ellos, pero en general, está desapareciendo nuestra cerámica criolla.

(4) En las cocinas de las viviendas pobres, nuestros campesinos de la región central y norteña, hacen todavía el fuego en el suelo, rodeado de piedras, como era lo común hace años, en la campaña argentina. A su alrededor, en las noches de invierno, se entonan canciones y se forma la rueda de narradores.

(5) El locro, es el más típico de los platos de la cocina criolla y el más completo como alimento. Se prepara con maíz molido, porotos,

zapallo, carne y grasa. *Locro* es vocablo quichua.

(6) *Batea*, especie de artesa que nuestros campesinos usan para lavar la ropa. Es voz del **teúno** y está entre los indigenismos que, en los primeros tiempos de la Conquista, se incorporaron al español.

(7) En la lengua rural argentina, se forma así el diminutivo de buey, como el de rey es *reycito*. Son desconocidos los correctos *bueyecito*, *reyecito*.

Transcribimos la versión recogida por nosotros en San Luis.

El tema es popular en la región norteña y en toda la central, como lo demuestran las versiones recogidas por los maestros: Sra. Rosa Dessens de Vanotti, de Salta; Srtas. Sarah C. Carrizo, María E. Ibestis, de Tucumán; Srta. María A. Agüero, de Santiago del Estero; Srtas. Josefina González y Ofelia Nicolet, y Albina y Narcisa Sánchez, de Córdoba; Sres. Jerónimo Lucero y Bernabé Vera, de San Luis; Srta. Carmen Oviedo y Sr. Ramón J. Juárez Fernández, de Catamarca; Sra. Deidamia F. de Oviedo, de Mendoza.

EL CAMINO DEL CIELO

Este era un matrimonio de viejecitos muy pobres que tenían tres hijos.

Un día, el mayor pidió permiso para salir a *rodar tierra* y buscar trabajo. Los padres se pusieron muy tristes, pero como el hijo insistió tanto, le dejaron hacer su voluntad. La madre le preparó unas *tortas* (1) y unos *quesillos* (2) y se los acomodó en las alforjas. Se despidió prometiendo volver en cuanto cambiara de suerte, y marchó.

Al poco tiempo, el segundo hijo también pidió permiso para salir a *rodar tierra*. Fue doble la pena de los padres, pero también tuvieron que consentir. La madre le preparó para el viaje *tortas* y *quesillos* como al otro hijo. Hizo la misma promesa, y partió.

Cuando el menor, que era un niño, dijo a los padres que quería salir a buscar trabajo, como sus hermanos, los viejecitos se echaron a llorar y le pidieron que se quedara. Él les aseguró que se conduciría con prudencia, para que nada malo le sucediera, y lo dejaron marchar. Esta vez la madre no pudo darle más que una sola *torta* y un solo *quesillo*.

El mayor encontró en el camino a un viejecito, muy pobre al parecer; iba montado en un burro y le pidió algo de comer.

—No tengo nada —le contestó ásperamente.

—Y eso que llevas en las alforjas, ¿qué es?

—Eso es carbón —le dijo en tono de burla.

—Que carbón se te vuelva cuanto pongas ahí —le respondió el viejo, y siguió su camino.

El mediano, encontró en otro punto del camino al viejecito que pedía limosna, y también se la negó. Con él sostuvo el mismo diálogo que su hermano mayor, y “que carbón se te vuelva cuanto lleves ahí”, fueron las últimas palabras del viejo.

En otro lugar el viejecito que pedía pan se encontró con el hermano menor. El niño no solo fue cortés y respetuoso, sino que partió con él su *torta* y su *quesillo*.

—Tienes un corazón de oro; que oro se vuelva todo lo que pongas en tus alforjas —le dijo el viejo agradecido; y se despidieron.

Llegó el mayor a la casa de un señor poderoso y pidió trabajo.

El señor le dijo que precisamente buscaba un mandadero para encomendarle un encargo urgente. Necesitaba mandar una carta a una señora que vivía lejos. Debía recorrer un camino lleno de accidentes, guiado por unas ovejitas. Nada debía temer ni retroceder ante ningún peligro, si quería cumplir el mandato. El muchacho aceptó.

A la madrugada del día siguiente le entregaron la carta y soltaron las ovejitas que emprendieron la marcha. Él las siguió.

Después de caminar algunas horas, llegaron a un río de *aguas cristalinas* (3), pero muy caudaloso. El muchacho sintió miedo; pensó que el viaje era un pretexto para hacerlo morir ahogado, y regresó. Las ovejitas pasaron mojándose apenas las pezuñas.

El patrón despidió al muchacho porque no le había servido para su trabajo, y le dijo:

—Dime, cómo quieres que recompense lo que has hecho en mi servicio, ¿con un *Dios te lo pague* o con una carga de oro?

—Con una carga de oro, señor. ¿Qué puedo hacer con un *Dios te lo pague*?

Con la carga de oro emprendió viaje hacia su casa.

En todo el camino no hizo otra cosa que rumiar su felicidad de ser rico y pensar en el asombro de los padres al verlo descargar el oro.

Al llegar, gritó a los viejecitos, desde lejos, que abrieran las sábanas, que traía oro para llenar todos los baúles. Así lo hicieron, y, al vaciar su carga, cayó carbón en lugar de oro. El enojo de los padres, por lo que creían una burla, fue mayor al conocer la falta de piedad y el poco valor de su hijo, cuando él relató todo lo que le había sucedido y recordó las palabras del pordiosero.

El segundo hermano llegó al poco tiempo a la casa del rico hacendado. Le ocurrió en todo exactamente lo mismo que al primero, y su carga de oro, al ser vaciada en las sábanas de sus padres, se convirtió también en carbón.

El menor llegó a pedir trabajo en la casa del mismo amo, quien le encomendó la misma tarea y le hizo las recomendaciones acostumbradas. Aceptó y prometió cumplir fielmente las órdenes.

A la madrugada, recibió la carta y las ovejas, y marchó detrás del hato.

Llegaron al gran río de aguas cristalinas. Pensó que lo arrastraría la corriente, pero como las ovejitas entraron, se armó de valor y las siguió. Las aguas se abrían haciéndoles camino, y así pudieron cruzar el río sin dificultad.

Más adelante un turbulento río de sangre les cortó el paso. Sintió asombro y miedo, pero, como las ovejitas siguieron adelante, él fue tras ellas. La gran masa roja les abrió paso, y pudieron cruzarla.

Más allá, vio a la orilla del camino una oveja que jugaba con su corderito, corriendo, saltando y dándose topes.

Más lejos, en un alfalfar floreciente, observó con extrañeza que unos bueyes flaquísimos pastaban.

Próximos a estos unos bueyes, relucientes de gordos, se paseaban en un terreno pedregoso donde no crecían sino algunas matas de hierba.

Al rato de andar, dos peñas enormes que se entrechocaban haciendo saltar chispas, les cortaron el camino. “Aquí moriré aplastado”, pensó el valeroso muchacho. Las ovejitas, aprovechando el momento preciso en que las rocas se separaban, pasaron, y él junto con ellas.

A poco trecho vio con horror que en un árbol estaban dos hombres colgados de la lengua.

Llegaron a una casa. Las ovejitas atravesaron el patio y se echaron a la sombra de los árboles. El muchacho comprendió que ese era el término del viaje. Salió una señora muy afable y le pidió la carta. Lo trató con todo cariño, le dio de comer y le hizo dormir la siesta con la cabeza apoyada en su regazo. Más tarde, lo bendijo y lo despidió.

El patrón se alegró mucho de verlo regresar, después de haber cumplido sus órdenes. Le pidió que le refiriera cuanto le había llamado la atención, y él le fue explicando el significado de aquellas cosas.

El río de aguas claras como cristal lleva las lágrimas que la Virgen María derramó por Jesús, las mismas que derraman todas las madres por sus hijos.

El río de sangre es el que brotó de las heridas de Jesús, en su sacrificio por redimir a los hombres.

La oveja y el corderito que jugaban son la buena madre y el hijo cariñoso y reconocido.

Los bueyes flacos en el alfalfar floreciente son los ricos avaros.

Los bueyes gordos en el pedregal son los pobres avenidos.

Las peñas que se golpeaban son las comadres peleadoras.

Los hombres colgados de la lengua son los calumniadores condenados.

La señora a quien le entregaste la carta, era la Virgen María, y el viejecito que pedía limosna, Jesús que recorría el mundo probando la caridad de los hombres. Las ovejitas eran ángeles.

—Dime, ahora, cómo quieres que te recompense, ¿con un *Dios te lo pague*, o con una carga de oro?

—¡Oh señor! —contestó el muchacho—, una carga de oro ha de terminarse algún día, mientras que un *Dios te lo pague* dura siempre. Deme Ud. un *Dios te lo pague*. Y así fue.

Cuando regresó a su casa, los padres lo recibieron contentísimos. Había dicho que no traía nada, pero, al descolgar las alforjas, se encontró con que estaban llenas de monedas de oro. Cuando contó lo que le había ocurrido en su viaje, todos reconocieron que el oro era el premio que Dios daba a sus virtudes. Los hermanos, arrepentidos, prometieron enmendarse.

Todos vivieron ricos y felices.

(1) Aún hoy nuestro campesino pobre del Interior, amasa diariamente su pan ('torta') que cuece en el rescoldo. Pero esta, como otras prácticas de la vida doméstica, tiende a desaparecer.

(2) El quesillo es un queso que se hace en hojas.

(3) Expresión usada corrientemente en el habla rural argentina del Interior.

Consultamos las versiones enviadas por los maestros: Srta. Amalia Dávila, de La Rioja; Sr. Joaquín di Genaro, de Mendoza; Sr. Sixto Barboza, Sra. María Luisa G. de Rivero, Srta. Rosa Antonia Olivetto y Sr. Rufino Ovejas, de San Luis; Srta. Rosa Antonia Olivetto, de San Juan, Matilde F. de Ortiz, Sr. Juan C. Riveros; Sr. Ramón T. Suárez Fernández, de Tucumán. Es conocido también en Córdoba.

LA FLOR DEL LIROLAY

Este era un rey ciego que tenía tres hijos. Una enfermedad desconocida le había quitado la vista y ningún remedio de cuantos le aplicaron pudo curarlo. Inútilmente habían sido consultados los sabios más famosos.

Un día llegó al palacio, desde un país remoto, un viejo mago conocedor de la desventura del soberano. Le observó, y dijo que solo *la flor del lirolay*, aplicada a sus ojos, obraría el milagro. *La flor del lirolay* se abría en tierras muy lejanas y eran tantas y tales las dificultades del viaje y de la búsqueda que resultaba casi imposible conseguirla.

Los tres hijos del rey se ofrecieron para realizar la hazaña. El padre prometió legar la corona del reino al que conquistara *la flor del lirolay*.

Los tres hermanos partieron juntos. Llegaron a un lugar en el que se abrían tres caminos y se separaron, tomando cada cual por el suyo. Se marcharon con el compromiso de reunirse allí mismo el día en que se cumpliera un año, cualquiera fuese el resultado de la empresa.

Los tres llegaron a las puertas de las tierras de *la flor del lirolay*, que daban sobre rumbos distintos, y los tres se sometieron, como correspondía a normas idénticas.

Fueron tantas y tan terribles las pruebas exigidas, que ninguno de los dos hermanos mayores las resistió, y regresaron sin haber conseguido la flor.

El menor, que era mucho más valeroso que ellos, y amaba entrañablemente a su padre, mediante continuos sacrificios y con grande riesgo de la vida, consiguió apoderarse de la flor extraordinaria, casi al término del año estipulado.

El día de la cita, los tres hermanos se reunieron en la encrucijada de los tres caminos.

Cuando los hermanos mayores vieron llegar al menor con *la flor del lirolay*, se sintieron humillados. La conquista no solo daría al joven fama de héroe, sino que también le aseguraría la corona. La envidia les mordió el corazón y se pusieron de acuerdo para quitarlo de en medio.

Poco antes de llegar al palacio, se apartaron del camino y cavaron un pozo profundo. Allí arrojaron al hermano menor, después de quitarle la flor milagrosa, y lo cubrieron con tierra.

Llegaron los impostores alardeando de su proeza ante el padre ciego, quien recuperó la vista así que pasó por los ojos *la flor del lirolay*. Pero, su alegría se transformó en nueva pena al saber que su hijo había muerto por su causa en aquella aventura.

De la cabellera del príncipe enterrado brotó un lozano cañaverl.

Al pasar por allí un pastor con su rebaño, le pareció espléndida ocasión para hacerse una flauta y cortó una caña.

Cuando el pastor probó modular en el flamante instrumento un aire de la tierra, la flauta dijo estas palabras:

No me toques, pastorcito,
ni me dejes de tocar;
mis hermanos me mataron
por *la flor del lirolay*.

La fama de la flauta mágica llegó a oídos del Rey que la quiso probar por sí mismo; sopló en la flauta, y oyó estas palabras:

No me toques, padre mío,
ni me dejes de tocar;
mis hermanos me mataron
por *la flor del lirolay*.

Mandó entonces a sus hijos que tocaran la flauta, y esta vez el canto fue así:

No me toquen, hermanitos,
ni me dejen de tocar;
porque ustedes (1) me mataron
por *la flor del lirolay*.

Llevado el pastor al lugar donde había cortado la caña de su flauta, mostró el lozano cañaverl. Cavaron al pie y el príncipe vivo aún, salió desprendiéndose de las raíces.

Descubierta toda la verdad, el Rey condenó a muerte a sus hijos mayores.

El joven príncipe, no solo los perdonó sino que, con sus ruegos, consiguió que el Rey también los perdonara.

El conquistador de *la flor del lirolay* fue rey, y su familia y su reino vivieron largos años de paz y de abundancia.

(1) En América, donde se ha olvidado el pronombre *vosotros*, *ustedes* es ya el plural de tú. *Vosotros* solo se usa en la lengua literaria.

Este cuento es conocido en la región norteña, en la región andina y en la

región central. En Salta se lo llama “La flor del lirolay”; en Jujuy “La flor del ilolay”; en Tucumán “La flor del lirolá”, y también “del lilolá”, y en Córdoba, La Rioja y San Luis “La flor de la Deidad”.

Consultamos las versiones recogidas por los siguientes maestros: Sra. Carmen A. Prado de Carrillo, Carmen de Canaraze, de Jujuy; Srta. Angélica D’Errico, de Salta; Sra. Elena S. de Aguirre y Sr. Adrián Cancela, Srtas. María Isabel Chiggia, Esther López Güemes y Sra. Elena S. de Aguirre, de Tucumán; Srta. Tránsito Caneón, de La Rioja y Srta. María E. O. González Elizalde, de Córdoba; Srta. Dolores Sosa (“La flor de lilolay”), Sra. Emma Pallejá, de Entre Ríos; Sra. María Luisa C. de Rivero, Alda C. de Suárez, de San Luis; Srtas. Urbana E. Romero, Aldea A. Núñez e Irma Caribaux, de Santa Fe.

LEYENDAS DE SAN FRANCISCO SOLANO

I

EL PAN

Cuéntase que cuando San Francisco Solano llegó a La Rioja, fue invitado a comer en casa de un encomendero muy rico que explotaba a los indios y los trataba cruelmente.

Sentados a la mesa, el santo tomó un pan y lo apretó entre las manos. Ante la extrañeza de todos los comensales del pan brotó sangre. Se puso entonces de pie, y en actitud de marcharse, dijo con voz amarga y enérgica: “No comeré nunca a la mesa en la que se sirve pan amasado con la sangre de los humildes”.

Desde ese día fue decidida su campaña en favor de los indios que los españoles esclavizaban para enriquecerse. No consiguió nada ni por la persuasión ni por el ejemplo. Descorazonado, resolvió irse (1).

(1) Nos atenemos a las versiones enviadas por las Srtas. María Gordillo Bastos y María L. Carrizo Pelliza de La Rioja.

II

RÍO HONDO

Volvía San Francisco Solano de la provincia de Tucumán con una tropa de carretas cargadas de madera para la iglesia que se levantaba en Santiago.

La tropa se detuvo en el paso del Río Dulce, que estaba crecido. El río bramaba como un torrente y arrastraba árboles y peñascos.

Otras carretas estaban allí detenidas. Aseguraban los carreteros que en ese paso el río era muy hondo.

Se desataron los bueyes. Mientras las bestias y los peones tomaban un descanso, San Francisco, apartado, oraba. Al rato, dio la orden de uncir los bueyes y de continuar el viaje. Todos se miraron con asombro, pero obedecieron.

San Francisco montó en su mulita y encabezó la marcha. Al entrar en el río, levantó su cordón, y la encrespada masa de aguas turbias se abrió, dejándolos pasar.

Como el Santo dijera bromeando: “ahí tienen el río hondo”, Río

Hondo se llamó desde entonces a esa parte del Dulce y a la población que en sus márgenes está situada en la provincia de Santiago del Estero (1).

(1) Versión enviada por los maestros: Srtas. Marta M. Arias y María Esther Acosta, y Sres. Aristóbulo Bustos Navarro y Justo J. Correa, de Santiago del Estero.

San Francisco Solano vino a la Argentina desde el Perú en 1586. Catequizó a los indios en nuestro territorio desde el norte hasta La Rioja y Córdoba. En su vida prodigiosa caben, para el pueblo que aún lo recuerda, todos los milagros. Él enseñó a los indios a tocar el violín, que en la región norteña es hoy un instrumento popular.

Ver en el tomo para las Escuelas de Adultos otras leyendas.

LA VIRGEN DEL VALLE

Esta imagen es venerada en todas las provincias andinas.

El día de su festividad acuden al santuario del Valle millares de creyentes, muchos de los cuales han tenido que realizar un largo viaje para llegar allí.

La tradición ha conservado el recuerdo de sus numerosos milagros, entre los cuales figura el muy conocido de “la cadena”.

La santa imagen fue sacada de la Gruta de Choja (Catamarca), por el español Manuel Salazar, en el año 1618. Nadie sabe quién la llevó hasta ese punto y la escondió en la gruta de piedra, rodeada de peñascos, donde fue hallada por los indios, a principio del siglo XVII.

Estos la festejaban a escondidas con danzas y fogones, creyendo que Dios mismo la había colocado allí.

Un indio, sirviente de Salazar, reveló a su amo el secreto de la Virgen, y Salazar, atento a las informaciones recibidas, encontró la imagen y la sacó de su nicho de piedra, a pesar de la oposición de los indios.

El español la llevó primero a Collagasta y luego a su residencia de Valle Viejo; pero durante aquella noche desapareció la imagen, y fue encontrada al siguiente día en el interior de la gruta. Salazar la llevó nuevamente a su casa de donde desapareció por segunda vez. Los vecinos interpretaron estas ausencias de la Santa como una manifestación de su divina voluntad: la Virgen abandonaba la vivienda particular porque no quería ser “patrona de pocos”, sino de muchos y de todos. Entonces, convencidos de este deseo, los vecinos edificaron una capilla, y allí colocaron la imagen milagrosa.

LA CRUZ DE LOS MILAGROS

Hay en la Iglesia del Milagro, en Corrientes, una rústica cruz que es venerada con el nombre de “Cruz de los Milagros”. Una curiosa leyenda justifica ese nombre.

Cuenta la tradición que los españoles, cuando fundaron San Juan de Vera de las Siete Corrientes, llamado hoy Corrientes, después de elegir el lugar y antes de levantar el fuerte, decidieron erigir una gran cruz, símbolo de su fe cristiana.

La construyeron con una rama seca del bosque vecino, la plantaron luego, y a su alrededor edificaron el fuerte, con ramas y troncos de la selva.

Construido el fuerte y encerrados en él, los españoles se defendían de los asaltos que, desde el día siguiente, les llevaban sin cesar las tribus de los guaraníes, a los cuales derrotaban diariamente, con tanta astucia como denuedo. Los indios, de un natural impresionable, atribuían sus desastres a la cruz, por lo que decidieron quemarla, para destruir su maleficio. Se retiraron a sus selvas, en espera de una ocasión favorable, la cual se les presentó un día en que los españoles, por exceso de confianza, dejaron el fuerte casi abandonado.

La indiada, en gran número, rodeó la población, en tanto que huían los pocos españoles de la guardia, escondiéndose entre los matorrales.

Con ramas de quebracho hicieron los indios una gran hoguera, al pie de la cruz que se levantaba en medio del fuerte. Las llamas lamían la madera sin quemarla; un indio tomó una rama encendida y la acercó a los brazos del madero; entonces, en el cielo límpido, fue vista de pronto una nube, de la cual partió un rayo que dio muerte al salvaje.

Cuando los otros guaraníes lo vieron caer fulminado a los pies de la cruz, huyeron despavoridos a sus selvas, convencidos de que el mismo cielo protegía a los hombres blancos. Los españoles, que escondidos entre la maleza presenciaban tan asombrosa escena, divulgaron luego este suceso, que no cayó, por cierto, en el olvido. En la Iglesia del Milagro, en Corrientes, se encuentra hoy la Cruz de los Milagros: se la guarda en una caja de cristal de roca, donada por la colectividad española.

EL CERRO DEL MORRO

A la gran mole del Morro, de San Luis, le corresponde un sitio muy importante en la tradición popular.

Cuando algún forastero pretende treparlo o recorre su comarca, el cerro lo *desconoce*, gruñe y se envuelve en una niebla densa que desconcierta sus pasos. Se cree que guarda grandes tesoros, que así defiende celosamente.

En la cuenca que ha quedado en su cráter de volcán extinguido, hay una laguna. Allí han visto los mocetones a “la Madre del agua”, joven y hermosísima, que peina su abundante cabellera rubia con un peine de oro. Saben ellos que su hechizo es irresistible, por eso han huido desesperadamente, arañándose entre ramas y pencales.

El Cerro del Morro anunciaba *el malón de los ranqueles*. Cuando como una nube de polvo aparecía el malón en la llanura puntana, el cerro dejaba oír su bramido sordo subterráneo. Los comarcanos, que lo conocían, trepaban por sus flancos, llevando sus ganados, y así se salvaron siempre de la lanza y del saqueo de los salvajes (1).

(1) *Los indios de la pampa*, desde los primeros tiempos de la conquista, asolaron con sus malones las poblaciones en una extensa zona de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y San Luis.

La célebre campaña del desierto del general Roca en 1878, los desalojó para siempre de sus dominios. Estos indios no trepaban nunca las sierras, y en ellas se salvaban los habitantes de los valles.

Versión recogida por nosotros.

LA CIUDAD DE ESTECO

La gran ciudad era maravillosa. Las cúpulas de sus edificios parecían tocar el cielo y sus muros, revestidos de oro, le daban un aspecto resplandeciente. Estaba rodeada por un bello paisaje de cerros azules y de lozana vegetación. Los dilatados campos de cultivo y las praderas llenas de ganado le aseguraban una vida de abundancia.

Sus habitantes usaban un lujo desmedido y en todo revelaban ostentación y derroche; hasta las herraduras de los caballos eran de plata. La soberbia que los caracterizaba llegaba al extremo de que, si se les caía el sombrero, un objeto cualquiera y aun dinero, no se inclinaban siquiera para mirarlos, mucho menos para recogerlos.

Solo vivían para la vanidad, la holganza y el placer. Fueron perdiendo poco a poco la piedad, la fe, el respeto y la dignidad. Eran, además, mezquinos e insolentes con los pobres, y despiadados con los esclavos.

Un viejo sacerdote les predijo desde el púlpito que, si no volvían a sus antiguas costumbres y a la vida sencilla y pura, la ciudad sería destruida por un terremoto. Todo el mundo hizo burla de la predicción, y la palabra *terremoto* se mezcló a los chistes más atrevidos e insolentes. La vida de la ciudad siguió siendo cada vez más vana y licenciosa.

Un día un trueno ensordecedor anunció el terremoto. Tembló la tierra. Se abrieron grandes grietas que tragaron las casas y las gentes, y lenguas de fuego quemaron cuanto podía sobrevivir.

Ni las ruinas quedaron de la opulenta ciudad de Esteco. Un campo árido y desolado la reemplaza (1).

(1) Nos atenemos a las versiones enviadas por los maestros: Sra. Clara Corte de Cazón y Sres. Héctor Ugarte, Adolfo T. Leiva y Salvador Estopiñán, de Jujuy; Srtas. Lya Hallmer y Pastora Lobo, de Salta; Sra. Adolfinia M. de Barela.

La primitiva ciudad de Esteco estuvo situada en la margen izquierda del río Pasaje, a ocho leguas al sur de *El Quebrachal*, en el Departamento de Anta, Salta.

Cuando Alonso de Ribera en 1609 fundó la ciudad de Talavera de Madrid, los antiguos pobladores de Esteco —que en parte vivían en la población próxima que la reemplazó, Nueva Madrid de las Juntas— vinieron a ella y comenzaron a llamarla Esteco el Nuevo, nombre que se impuso sobre el oficial. Pronto se enriqueció, por ser un importante centro de comercio. A esta se refiere la leyenda (ver nota de Juan Alfonso Carrizo, en el “Cancionero de Salta”).

Según el Padre Lozano su evangelización fue encargada al famoso Padre Alonso de Bázana.

El Padre Techo dice que fue destruida por un gran terremoto en 1692.

La leyenda popular mantiene vivo, después de casi cuatro siglos, el recuerdo de su existencia.

CENTINELA VALIENTE

El sargento Tránsito Gauna pertenecía al Regimiento 4, destacado en el Fortín de las Pulgas.

Criollo de pura cepa, era famoso por la penetración de su mirada y la agudeza de su oído, dones que le permitían identificar, en el eco lejano, la proximidad de la indiada en malón o el paso de los animales en fuga.

Estaba de guardia una tarde, a tres leguas del Fortín, cuando oyó el tropel de la invasión indígena que se aproximaba.

Montó en su caballo pampa, que siempre tenía cerca, y a toda rienda se dirigió hacia unos chañarales que se veían a lo lejos. Allí, con un gajo de algarrobo, hizo una lanza; en seguida tiró su sombrero y se ató la cabeza con una vincha; y así, ayudado por su color cobrizo y su cabello lacio y recortado, quedó convertido en un verdadero indio. Cuando el malón llegó, Gauna, protegido por las primeras sombras de la noche, salió del bosquecillo, se confundió con la indiada y galopó hacia el Fortín.

Los indios venían capitaneados por los caciques Mariano Rosas y Baigorria, y por los famosos bandidos Melchor Costa y Juan Gregorio Puebla. Cuando llegaron a las orillas del Río V, el sargento fue conteniendo el andar de su caballo, para dar la impresión de que el animal, ya cansado, no podía seguir la marcha. Desmontó luego favorecido por la obscuridad y, ocultándose entre los cortaderales, consiguió entrar en la población, y comunicar al jefe de su regimiento que el bajo del río se encontraba ocupado por una indiada numerosísima.

El jefe mandó tocar “general”, y el pueblo, que acudió en masa, se unió a los soldados para construir trincheras. Al oír el toque de las cornetas, los indios comprendieron que habían sido vistos y que no podrían tomar el fortín por sorpresa. En la actualidad aquel fortín lleva el nombre de Villa Mercedes, y es la ciudad más progresista de la provincia de San Luis.

A TRAVÉS DEL CHACO

Después de la muerte del General Lavalle, los soldados correntinos que aún le acompañaban decidieron regresar a su terruño, cruzando el Chaco, despoblado y peligroso.

Vencidos y pobres, contando solo con sus flacos caballos, se pusieron en marcha a través de los bosques imponentes, llevando unos indios tobas como baquianos y a don Eugenio Ramírez, como oficial de vanguardia.

A medida que el grupo se internaba en el corazón de la selva, los víveres se hacían más escasos; y algunos soldados se vieron en el trance de matar sus caballos, para aplacar el hambre, lo cual significaba quedarse a pie.

Habían realizado apenas la mitad de su camino, y casi todos los soldados iban ya sin cabalgadura. Acosados por las fieras y más aún por el hambre, devoraban el cuero de los caballos sacrificados, y solo la desesperación les acompañaba en la selva enorme. En pleno bosque encontraron un grupo de indios tobas, y les preguntaron cuándo llegarían a la costa del río, frente a Corrientes. Los indios contestaron: “mañana, mañana, mañana, mañana”, lo cual significaba que alcanzarían la ansiada orilla cuatro días después.

Reanimados con esta noticia siguieron la marcha y llegaron el día señalado, al paraje denominado San Fernando.

Con los harapos que aún los cubrían, hicieron unas banderas que colocaron en las copas más altas de los árboles.

MUERTE DEL CHACHO

Después de su última derrota en la provincia de San Juan, regresaba a La Rioja el General Ángel Vicente Peñaloza.

Había licenciado a sus soldados y solo le acompañaban su esposa Victoria, y unos pocos de sus gauchos más leales, que rehusaban abandonarle.

En Loma Blanca (cerca de Olta, General Belgrano), se alojó en la casa de Anastasio Luna, con el evidente propósito de deponer las armas, dando fin a sus guerrillas de montonero.

Una tarde, llegó hasta su retiro una viejecita que había venido a pie, desde Chimenea para hablarle.

—Mi general —dijo cuando estuvo en presencia del Chacho—, mañana llegarán Ricardo Vera y el coronel Irrazábal, comisionado del gobierno; traen orden de reducirlo a prisión, pero vienen a matarlo. Huya, sálvese, que los pobres lo necesitan.

El caudillo no creyó tal aviso. Supuso que su informante le llevaba la noticia, esperando ganar una recompensa, y ordenó a su mujer que le diera dos pesos. La anciana rechazó el dinero y, con lágrimas en los ojos, afirmaba la verdad de sus palabras, sosteniendo que solo por salvarle había realizado a pie tan largo y penoso viaje.

El Chacho, incrédulo, valiente y enfermo, no pensó en huir, y allí fue vencido, indefenso y desarmado.

Al día siguiente, en medio de una lluvia torrencial, bajaban la cuesta de Olta, Irrazábal y Vera, al frente de una partida de hombres armados.

Fácil les fue apoderarse de las autoridades de la Villa. Después, a galope tendido, se dirigieron a Loma Blanca y rodearon la casa del Chacho.

La partida “armada hasta los dientes” entró en el corredor y adelantándose, Irrazábal, preguntó a Vera dónde estaba el Chacho.

—¡Este es! —contestó el interpelado.

—¿Este? —comprobó el coronel, y a una señal suya, varios hombres penetraron en el rancho, y asesinaron con sus lanzas, en el lecho, al bravo riojano. Victoria, su valiente esposa, se arrojó sobre él como una leona, para defenderle, siendo también herida. Rojo de sangre quedó el viejo catre de algarrobo en el rancho humilde.

La bárbara noticia y el espectáculo horrendo de la cabeza del Chacho exhibida en una rústica pica en la plaza de Olta, llenaron de dolor a La Rioja entera.

La viuda del caudillo y los chachistas buscaron más tarde con afán, durante largo tiempo, el lugar donde fueron enterrados los restos del general sin hallarlo jamás.

Diccionario Geográfico Argentino de Latzina da el suceso como
ocurrido en Olta.

EL SEMBRADOR, EL TIGRE Y EL ZORRO

Un viejo sembrador estaba arando, cuando se le apareció el tigre y le dijo:

—¿A que te como con bueyes y todo?

—No, señor tigre, cómo me va a comer, mi familia es pobre y necesita de mí y de mis bueyes.

—Te voy a comer lo mismo.

—No, señor, cómo me va a comer.

Estaban en *que te como y que no me coma*, cuando pasa por allí cerca un zorro, oye la discusión y se propone salvar al hombre. Se esconde detrás de unos poleos (1) espesos, y con voz muy gruesa y firme, le grita:

—Amigo, ¿no ha visto pasar por aquí al tigre? Lo ando buscando con doscientos perros para matarlo.

—Dile que no me has visto; si no, te como —le dijo por lo bajo el tigre al hombre, creyendo que se trataba de un cazador de fieras. Dicho esto, se estiró largo a largo, y se quedó inmóvil.

—No, señor, no he visto al tigre desde hace mucho tiempo.

—¿Cómo que no lo ha visto, amigo, y qué es ese bulto que está cerca de Ud.?

—Dile que son porotos.

—Son porotos overos, señor, que tengo para sembrar.

—Si son porotos, póngalos dentro de esa bolsa que tiene ahí.

—Ponme en la bolsa.

El hombre embolsó al tigre lo más pronto que pudo, y le contestó:

—Ya está, señor.

—Átele, amigo, la boca a la bolsa con un lazo para que no se le vuelquen los porotos.

—Haz que me atas, pero deja abierta la bolsa —le dijo el tigre al sembrador.

El hombre ató la boca de la bolsa lo mejor que pudo.

—Está muy esponjada esa bolsa, amigo, aplástela un poco con el ojo del hacha.

—Haz que me pegas, pero cuida de no tocarme.

El hombre tomó el hacha y le pegó al tigre en la cabeza hasta dejarlo muerto.

Así, la astucia del zorro salvó al hombre y venció la crueldad del tigre.

(1) Poleo —*Lippia turbinata*, Griseb—. Crece esta planta medi-

cional en las lomas y serranías de Córdoba, San Luis, Salta, Catamarca, Tucumán y Mendoza. Tiene un uso equivalente al del té.

Redactamos esta fábula sobre las versiones recogidas por los Sres. Evaristo Gómez y Sra. Teresa C. de Pérez, en San Luis. Tenemos a la vista la variante enviada por la Srta. Berta Morales Valdez, de Salta; Sr. Domingo Orona, de La Rioja; Sr. Ernesto F. Quinteros, de San Juan; Srta. Dolores Sosa, de Catamarca; Srta. Clara M. Posse, de Tucumán.

EL ZORRO Y LA PERDIZ

El zorro estaba enamorado del silbo de la perdiz. Trataba de imitarlo en toda forma, pero solo le salía un soplido ridículo, y en cuanto se descuidaba, se le escapaba su grosero ¡cuac!, ¡cuac!

Resolvió pedirle a ella misma que se lo enseñara. ¿Cómo haría, con el miedo que le tienen las perdices al zorro?

Un día se encontraron en un caminito del campo. La sorpresa de la perdiz, que ya se veía en los dientes del zorro, fue grande cuando oyó que le decía:

—Comadrita, ¡qué bien silba Ud.! ¿Cómo podría hacer yo para aprender su silbido?

—Puede coserse la boca, compadre —le contestó tímidamente.

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario. ¿No podría hacerme el favor de cosérmela Ud. misma?

—Trataré de complacerlo, compadre.

La perdiz, aunque llena de desconfianza, se sacó una pluma del ala, y con unas raíces muy fuertes le fue cosiendo la boca. El zorro soportaba, feliz, el sacrificio.

Cuando le quedó un agujerito muy pequeño, la perdiz le hizo probar. Le salió un silbo bastante fino que lo puso muy contento.

—Compadre, debe ensayar así muchas veces al día hasta que le salga en forma perfecta —le aconsejó la perdiz—. A mí me costó mucho aprenderlo.

El zorro, que no podía hablar, asintió con la cabeza.

Ya se despedían, cuando de pronto, la perdiz, como suele hacerlo, voló con su vuelo pesado y pasó rozando la cabeza del zorro. Este no pudo con su instinto; sin querer hizo su natural movimiento de abrir la boca para atraparla, y se le rasgó de oreja a oreja.

El pobre zorro no solo perdió su única oportunidad de aprender a silbar, sino que, por mucho tiempo, no pudo comer perdices.

Esta es una de las fábulas que tiene mayor difusión en la Argentina. Entre otros, la han recogido los maestros: Srta. Ofelia Nicolet, de Córdoba; Sr. Isaac Agüero Quinteros y Martín Acevedo, Srta. María A. Figueroa, Sres. Martín Acevedo, Francisco A. Vildoza, Alberto Herrera, de Catamarca; Sra. Salvaria I. de Barraza y Srta. Braulia Arias Ruiz, de Santiago del Estero; Srtas. María Magdalena Dulce, Rosario Santillán y Sr. Antonio Correa, de Tucumán; Sra. María Elena R. de Campos y Srta. Laura Molina, de Salta; Sra. Elvira E. de González y Sr. Abdón Castro Tobay, de Jujuy.

EL TIGRE Y EL ZORRO

El zorro se presentó un día en la casa de una pareja de tigres y se hizo pasar por un sobrino que venía desde lejos a visitarlos. Fue recibido y hospedado como pariente.

Los tíos lo trataban muy bien, pero eran tan avaros, que si el pobre zorro pasaba hambre cuando vagaba por los campos, no lo sufría menos en familia.

Un día el tío y el sobrino fueron a buscar una buena res a la orilla del arroyo. El zorro trepó a un árbol para anunciar las presas posibles, y el tigre se escondió para *cazar* cómodamente.

—Allá viene una majada de cabras con unos cabritos gordos —dijo el zorro, pensando que uno de estos últimos le podía tocar a él.

—No me gusta la carne con pelos largos —dijo el tigre.

Las dejaron pasar.

—Allá viene una majada de ovejas con unos corderitos que están como para chuparse los dedos.

—No, me gusta la carne con lana.

Pasaron también.

—Allá viene una tropilla de potros.

—No me gusta la carne hedionda.

La tropilla siguió sin ser molestada.

—Allá viene una tropa de vacas.

—Esa carne me gusta —dijo por fin el tigre y, en cuanto llegaron, saltó sobre una vaquillona gorda y la mató.

Mientras el tigre la carneaba, el sobrino le ayudaba en lo que podía. Sentía tanta hambre el zorro, que comenzó a pedir algo para comer, pero el tigre se lo negaba.

—¿Tío tigre, por qué no me da un pedazo de *matambre* para asar?

—No, esa es la achura (1) de tu tía *tigra* (2).

—¿Me da los ojos, entonces?

—No, los ojos son para cuentas del collar de tu tía *tigra*.

—Deme la panza, que *es puerquita* (3).

—No, la panza es para mate de tu tía *tigra*.

—Deme las tripas.

—No, las tripas son para bombilla de tu tía *tigra*.

—Me podría dar el guano, siquiera.

—No, el guano es para yerba del mate de tu tía *tigra*.

—Pero, tío tigre, Ud. nunca me da nada, deme por lo menos la vejiga.

—Te la daré, pero la vejiga era para tabaquera de tu tía *tigra*.

El zorro lavó la vejiga en el arroyo y comenzó a soplarla a modo de globo, como suelen hacerlo los niños campesinos.

Luego el tigre cargó al sobrino con un espléndido costillar y le dijo:
—Llévalo a tu tía *tigra*. Dile que lo ase al asador y que me espere a comer. En cuanto termine de carnear, iré. El zorro llegó a la casa y le dijo a la tigre:

—Tía, manda decir mi tío que ase este costillar y me lo sirva en cuanto esté.

La tigre lo hizo así, y el zorro se comió todo el asado. Como sabía lo que le esperaba, huyó al campo.

Cuando llegó el tigre cansado, y se encontró sin su almuerzo, se enojó tanto que salió a buscar al zorro para matarlo.

Se escondió en la bajada del arroyo, por donde forzosamente debía arrimarse a beber.

Llegó el zorro, y como sospechara que podía esperarlo allí su tío, desde lejos, dijo:

—Agüita, ¿te dejas beber?

—Sí, puedes beberme —contestó el tigre desfigurando la voz.

—Agüita que habla no bebo yo —dijo el zorro y echó a correr.

Al día siguiente, el tigre se escondió allí mismo dispuesto a no hablar. Como había aguardado mucho, le dio sueño, y se acostó a dormir en medio del camino.

El zorro, que se aproximaba en *punta de uñas*, lo vio y, como no podía pasar, resolvió darle una broma. Llenó con piedrecitas la vejiga de la vaquillona, que ya estaba medio seca, y se la ató a la cola del tigre. Se escondió entre unos juncos y desde allí observó.

Al rato, el tigre movió la cola, y se asustó tanto del ruido que las piedras producían dentro del pellejo, que huyó desesperado, creyendo que se trataba de algún talador que con sus perros lo perseguía.

El zorro bajó al arroyo y bebió.

El tigre iba ya muy lejos, cuando una rama rompió la vejiga, y comprendió entonces, que se trataba de una broma del zorro. Furioso, se volvió jurando no dejarlo con vida.

Al otro día se escondió nuevamente en la bajada del arroyo.

Llegó el zorro y preguntó:

—Agüita, ¿te dejas beber? —y como nadie contestaba bajó al agua.

El tigre le saltó encima, pero el zorro alcanzó a meterse en una cueva que había en la barranca. El tigre metió la mano y consiguió asirlo de la cola.

El susto tremendo no le hizo perder el tino al zorro que comenzó a gritar:

—¡Tire, tío tigre, que es una mata de paja! ¡Tire, tío tigre, que es una mata de paja!

La abundante cola peluda del zorro le pareció al tigre que era una mata de paja y la soltó.

El zorro se deslizó a la cueva adentro y desde allá, riéndose a carcajadas, le decía:

—¡Bah, que había sido tonto mi tío! Era mi cola la que tiraba. ¡*Que la inocencia le valga!*

El tigre, cada vez más furioso, le aseguró que no saldría de allí con vida, y se echó en la puerta de la cueva. Estuvo así casi todo el día. Cansado, llamó a un carancho (4), lo dejó de centinela y se fue a comer.

El zorro trató repetidas veces de entrar en amistad con su cuidador, pero el carancho había tomado tan en serio su papel que no lo atendía. Tanto insistió el zorro y tanto se aburrió el carancho, que comenzaron a conversar. Cuando tomaron cierta confianza, el zorro le propuso que jugaran a quién permanecía más tiempo con los ojos muy abiertos y fijos. Jugaron un rato, y una de las veces en que le tocó al carancho abrir los ojos, el zorro se los tapó con un puñado de tierra y huyó.

El zorro, con su ingenio, burló el poder del tigre y castigó su avaricia.

(1) Aparte de la significación que trae el Diccionario de la Academia, tiene el de “parte de la res que cada persona prefiere”.

(2) Arcaísmo que aún persiste en el habla rural argentina.

(3) “Sucia”.

(4) Carancho —*Polyhorus tharus*—. También se llama caracará. Vive desde la región del Amazonas hasta Tierra del fuego.

Redactamos esta narración sobre las versiones enviadas, por los maestros: Sr. Francisco J. Cabrera, de Entre Ríos; Sr. Luis Jerónimo Lucero y Srta. María Rosa Sarmiento, de San Luis; Srta. Rosa Azcoaga, de Tucumán; Sr. Sergio Lascano, de Santiago del Estero; Srta. Manuela B. López, de La Rioja; Sr. Pedro C. Funes, de Catamarca; Srta. Juana Rosa Villarreal, Sr. Ramón Juárez Fernández y Srta. Zenona J. Almirón, de Tucumán.

EL ZORRO Y EL QUIRQUINCHO

Un día hicieron una sociedad el zorro y el quirquincho (1). El zorro dio su chacra (2) al quirquincho para que la sembrara a medias.

Como el quirquincho tiene fama de ser poco inteligente, pensó el zorro que se aprovecharía de su trabajo, y le dijo:

—Este año, compadre, será para mí todo lo que den las plantas arriba de la tierra y para Ud. lo que den abajo.

—Bien, compadre —contestó el sembrador.

El quirquincho sembró papas. Tuvo una magnífica cosecha y al zorro le tocó una cantidad de hojas inservibles.

Al año siguiente, el zorro molesto por el mal negocio, dijo a su amigo:

—Este año, compadre, como es justo, será para mí lo que den las plantas bajo tierra y para Ud. lo que den arriba.

—Bien, compadre, será como Ud. dice.

El quirquincho sembró trigo. Llenó su granero de espigas, y al pobre zorro le tocó una cantidad de raíces inútiles.

No me dejaré burlar más, pensó, y le dijo al compadre:

—Este año ya que Ud. ha sido tan afortunado con las cosechas anteriores, será para mí lo que den las plantas arriba y bajo la tierra. Para Ud. será lo que den en el medio.

—Bien, compadre, ya sabe que respeto su opinión.

El quirquincho sembró maíz. Sus graneros se llenaron nuevamente de magníficas espigas y al zorro le correspondieron las flores y las raíces del maizal.

El zorro tuvo que vivir en la última miseria. Ese fue el castigo a su mala fe.

(1) Quirquincho —*Dasyopus sexcintud*—. Llámase también peludo y piche. Quirquincho es el nombre quichua, con el que se lo conoce en la región central y norteña.

(2) En la región central la voz quichua *chacra*, significa “*lugar cerrado para sembrar*”.

Redactamos esta fábula sobre la versión recogida por nosotros en San Luis. Tenemos a la vista la variante enviada por la Sra. Guaraz, de La Rioja. Es también popular en Salta.

EL ZORRO JUEZ

Un día se le apretó al tigre una mano entre unas peñas, en tal forma que por sus propios medios no podía sacarla.

Pasó por allí cerca un caballo, y el tigre lo llamó y le pidió con toda humildad que lo ayudara.

—No —le dijo el caballo—, yo te conozco, tú eres capaz de comerme después que te haga el favor de libertarte.

—Te juro, hermano, que no lo haré; no me niegues tu apoyo en este trance; son muy grandes mi humillación y mi dolor.

—Así lo haré, pero no olvides tu juramento.

Diciendo estas palabras, el caballo levantó la peña con gran esfuerzo y el tigre quedó libre.

Siguieron juntos por un sendero del campo. Conversaban amistosamente cuando el tigre se le plantó delante al caballo y le dijo:

—Hace tres días que estoy sin comer y mi estómago no da más; por fuerza tengo que comerte.

—¿Y ese es el modo de agradecerme y de cumplir tu palabra?

—No tengo más remedio que comerte.

—Esto no puede ser así, recurriremos a un juez.

En ese momento apareció un zorro, y el caballo le gritó:

—Oiga, señor, ¿usted no es juez?

—Sí, señor, lo soy desde hace mucho tiempo.

—Entonces, nos tendrá que resolver esta cuestión.

Le expusieron con detalles el caso y cada uno presentó sus razones.

—No entiendo cabalmente el suceso —dijo el zorro después de reflexionar un rato—. Para dar mi fallo, necesito ir al lugar del hecho y ver cómo estaba este señor.

Fueron allí, el tigre puso su mano en el sitio en que la tenía y el caballo le colocó encima la piedra que la apretaba.

—Muy bien —dijo el zorro, dirigiéndose al tigre—. Mi fallo es que te corresponde quedar ahí y morir preso, por no saber cumplir la palabra empeñada ni agradecer los favores recibidos.

Pronunciada la sentencia, se marcharon el zorro y el caballo. Dejaron al tigre con la mano apretada, dando tremendos rugidos de dolor y de vergüenza.

Redactamos esta fábula sobre la recogida por la Srta. Mercedes Berrondo, en Catamarca. Han enviado variantes la Sra. Salvaria I. de Barraza, y la Srta. Braulia Arias Ruiz, de Santiago del Estero; Sr. Rosario Gil, de Salta; Sr. José M. Delgado, de Tucumán; Sr. Alvano U. Gallardo, de Entre Ríos.

LA MULA Y EL TIGRE

Una noche, en un claro del *monte* (1), la mula y el tigre discutían sobre cuál de los dos podía manejarse mejor en la oscuridad.

Hicieron algunas apuestas.

En una de esas se sacudió el tigre, y los dos gritaron: ¡un pelo!, ¡un pelo!

—Yo lo vi —dijo el tigre.

—Yo le *sentí* (2) el tropel —replicó la mula.

El ojo del tigre había descubierto el pelo que volaba en la oscuridad, pero el oído de la mula lo había reconocido por la vibración que producía en el aire.

Nadie debe despreciar las cualidades ajenas: pueden ser tan buenas como las propias.

(1) Monte, “bosque” — Arcaísmo que se conserva en la Argentina.

(2) Sentir par oír, muy usado en el habla rural.

Redactamos esta fábula sobre las versiones enviadas por la Sra. Sofía Z. P. de Díaz, de La Rioja, el Sr. Isaac Agüero Quinteros, de Catamarca.

LAS MANCHAS DEL SAPO

Las aves fueron invitadas a un gran baile que se daba en el cielo. El sapo se enteró de la noticia y no sabía cómo hacer para asistir.

El águila, que era cantora y guitarrera, iría seguramente con su instrumento, y el sapo resolvió esconderse en la caja de la guitarra.

Todas las aves, muy coquetas y arregladas, llegaron al cielo y comenzaron a sentarse a la mesa del banquete. Llegó el águila con su guitarra en la espalda, la dejó a un lado y buscó su lugar.

Al rato salió el sapo y se presentó entre los invitados. Para todos fue una gran sorpresa ver aparecer a aquel caballero. No se explicaban cómo había podido subir hasta esas regiones.

Para colmo de sus males, en medio de la reunión, se dio vuelta y escupió, descuidadamente, con tal mala suerte, que le tapó un ojo al colcol (1), quien se enojó y protestó en público por la mala educación del mozo.

La fiesta fue espléndida. Los concurrentes bailaron y se divirtieron muchísimo.

Cuando llegó el momento de regresar, fueron grandes los apuros del sapo para esconderse otra vez en la guitarra.

Todos estaban atentos y lo vigilaban para descubrirlo.

El águila advirtió la maniobra y se propuso castigarlo. Se puso la guitarra volcada, de modo que, en cuanto comenzó a volar hacia la tierra, cayó el sapo desde muy alto.

Caía sobre un pedregal y el pobre gritaba: ¡Pongan colchones!, ¡pongan colchones que voy a partir las piedras! — pero nadie le hizo caso.

El golpe fue terrible y el cuerpo se le llenó de heridas. Las cicatrices son las manchas que han quedado para siempre en la piel del sapo.

(1) Colcol. — En la región central, *colcón*. Un búho — *syrix rufipes*. King.

Esta fábula es conocida desde la región central hasta el norte; así lo afirman las versiones enviadas por los maestros: Srta. Francisca de Lagas, de Córdoba; Srta. Mercedes Berrondo y Sr. Isaac Agüero Quinteros, de Catamarca; Srta. Elvira Elisa Lafuente, de Salta; Srta. Catalina Sosa y Sr. Antonio Correa, de Tucumán; Srta. María Uñales, de Sgo. del Estero; Sra. Ercilia E. Deloro, de Buenos Aires.

También se conoce en San Luis.

EL RELOJ DE LAVALLE

El Mayor Juan Lavalle peleaba en el ejército del Alto Perú, a las órdenes del General Arenales.

Lavalle, que carecía de reloj y de recursos para comprarlo, resolvió valerse de una pequeña astucia para que sus compañeros de armas creyeran que poseía uno, y de buena marcha.

Colgó en su chaleco una cadena, en uno de cuyos extremos ató una bala de fusil, la cual iba oculta en el bolsillo. Cuando los oficiales advirtieron la picardía, se la contaron alegremente al General, quien pensó hacer a Lavalle una pequeña broma a ese respecto.

Cierto día se acercó a él y, en tono serio, le dijo:

—Mayor, ¿qué hora es?

Lavalle fingió no oírle y Arenales repitió la pregunta.

Entonces el bravo oficial, sacando la bala del bolsillo y mostrándola a su jefe, contestó:

—General, mi reloj no tiene hora, porque para pelear por la patria y morir por ella, si fuera necesario, la espada del Mayor Lavalle a cualquier hora está lista.

Cinco días después el General Arenales regaló a su altivo oficial un hermoso reloj de oro y Lavalle lo lucía, orgulloso y feliz, al ver realizado uno de sus deseos más fervientes: poseer un reloj.

OFICIOS CRIOLLOS

El coronel Sandes, que venía en persecución del Chacho, llegó a un pueblo de La Rioja.

Buscaba *baquianos* y *rastreadores* para seguirle, pero los riojanos, que eran casi todos *chachistas*, no querían servirle.

Por esta circunstancia y para aumentar sus fuerzas, tuvo que recurrir a la leva, exceptuando del servicio solamente a los hombres que tuvieran un oficio.

Cuando estuvieron reunidos los paisanos en la plaza del pueblo, Sandes ordenó:

—Los que tengan un oficio, den dos pasos al frente.

Los reclutas, que habían comprendido el significado de la orden, dieron todos los dos pasos.

Muy admirado quedó Sandes al comprobar la gran cantidad de artesanos que había en un pueblo tan pobre, e intrigado resolvió interrogarles acerca de sus respectivos oficios.

El primero contestó:

—*Colmenero*, mi coronel.

Sandes, no sabiendo en qué consistía tal oficio, le hizo a un lado.

El segundo declaró ser *platero*, y el tercero *cochero* (en el pueblo no había coches), y así hasta el último fueron denunciando sus oficios, pero ninguno era *rastreador*.

Después se dirigió Sandes al primero que había interrogado y le preguntó en qué consistía su trabajo de *colmenero*. Contestó el hombre que en extraer miel de los panales.

Luego dijo al *platero* si era capaz de hacerle unas espuelas de plata, y el respondió que no, porque su oficio consistía en hacer *platos de palo*.

Al *cochero* le preguntó dónde tenía el coche; y este contestó que era *cochero* porque hacía *cocho* (harina de maíz mezclada con harina de algarroba).

Los oficios restantes resultaron ser como los anteriores.

Todos fueron incorporados a la tropa de Sandes, a quien hizo mucha gracia la astucia con que los riojanos intentaron burlar su bando.

HISTÓRICO CONTRAPUNTO

En el combate de Puente de Márquez se midieron las fuerzas unitarias del general Lavalle con las federales del general Estanislao López, quien salió victorioso.

Después del triunfo, López, conciliador, envió a Lavalle un emisario, ofreciéndole deponer las armas, previa la promesa de Lavalle de organizar la República bajo el sistema federal.

Fue elegido para desempeñar esta difícil misión el gobernador de Santa Fe, don Domingo de Oro; este llevaba como edecán al teniente Yuspe.

Yuspe, serio y reposado, era hombre de la confianza de López. Se le consideraba como el más bravo de los jefes federales en el combate, y como el mejor guitarrero en el cuartel.

Cuando llegaron al campamento de Lavalle, Oro se encerró a conferenciar con este, mientras afuera su edecán hacía rueda con los oficiales unitarios.

Un joven oficial de Lavalle interpretó con ligereza la actitud grave y reposada de Yuspe y, creyéndolo corto de genio, resolvió hacerle una broma.

Tomó la guitarra, como al descuido, y cantó:

López, Rosas y Quiroga
y el fraile San Juan Bautista
se están perdiendo de vista
porque ya no están en boga;
y aquel “cierto olor a sogá”
les causa serios temores.
“Humilde y glorioso Antonio
rogad por los pecadores”.

El cantor, al decir “cierto olor a sogá”, repetía un desplante de López, quien había pronunciado estas palabras en el momento decisivo de la batalla.

El oficial terminó su canción en medio de las ruidosas carcajadas de los unitarios.

Yuspe, serio y paciente, pidió la guitarra y, después de templar las cuerdas, cantó:

López, Rosas y Quiroga
y el fraile San Juan Bautista
se están poniendo a la vista
porque van entrando en boga;

y “aquel cierto olor a sogá”
causa mal a los sicarios.
“Humilde y divino Antonio
rogad por los unitarios”.

La oportuna respuesta fue recibida con un estruendoso aplauso de todos los oficiales.

Yuspe dejó la guitarra y volvió a reconcentrarse en sí mismo, esperando que saliese Oro.

LA SARGENTO CATARRO

En la batalla de Pozo de Vargas, se lucieron como bravos dos hermanos catamarqueños, apodados en la compañía “Los Catarros”.

Participaba de la vida del cuartel, juntamente con ellos, una hermanita joven y humilde, que les acompañaba a todas partes.

Durante la pelea en Pozo de Vargas, iba y venía llevando las caramañolas con agua, mientras silbaban las balas sobre su cabeza.

Al terminar la pelea, la jovencita, cuya heroica conducta despertó la admiración de todos, fue llamada por el teniente Rosales, jefe de la compañía, quien le preguntó:

—¿No has tenido miedo?

—No, teniente —contestó la niña—, mirando pelear a mis hermanos y dándoles ánimo, me olvidé del peligro.

El teniente Rosales, conmovido, citó el nombre de la heroica niña en “la orden del día”, y solicitó la nombrasen Sargento de la compañía.

Días después, paseaban alegres por las calles de Catamarca dos jóvenes soldados, acompañados por una muchachita que lucía sobre su vestido nuevo, las insignias de Sargento. Eran la “Sargento Catarro” y sus dos hermanos.

EL CHAJÁ

Dos muchachas lavaban ropa en un río. En las piedras lisas de la orilla refregaban y tundían las piezas. Sobre la corriente clara blanqueaba la espuma del jabón casero.

Dos caminantes, al parecer rendidos de cansancio, se acercaron y les pidieron agua para beber. Las muchachas desalmadas, en vez de agua les dieron espuma de jabón.

Los hombres bebieron, y al devolverles las vasijas, uno de ellos les dijo:

—Que vuestros actos y palabras sean como la espuma.

Las muchachas no comprendieron aquella sentencia, y festejaron animadamente su broma maligna.

Cuando terminaron la tarea, una dijo a la otra, en guaraní, su lengua familiar: —¡Yajá! (1), y en el acto se transformaron en aves y salieron volando. Los viajeros eran Jesús y San Pedro que recorrían el mundo para probar la caridad de los hombres, y que así las castigaban.

Esa es la causa por la que el chajá (2) suele volar en pareja, anda con nerviosidad exagerada y alarma constantemente con sus gritos, que repiten aquella invitación al regreso: ¡yajá!, ¡yajá! Los paisanos dicen que, hasta en su cuerpo enjuto, cubierto por un plumaje abundante, se ha cumplido el designio de los Santos, y que es exacto el dicho popular que reza: “Pura espuma, como el chajá”.

(1) *Yajá* “vamos” — Puede ser este el origen de la palabra *chajá*. Las dos voces coinciden con la onomatopeya del grito.

En Corrientes la gente del pueblo habla aún el guaraní; también gran parte de los campesinos de Misiones, Chaco y Formosa.

(2) Chajá — chauna torguata (O. Ken).

Redactamos este cuento animalístico sobre las versiones enviadas por los maestros: Sr. Jesús Alberto Aguilera, de Buenos Aires; Sra. Mercedes Cáceres, de San Juan; Sra. Rosario del A. de González, de Corrientes; Sra. Ángela Andriani de Deloro, Srtas. María C. Coronel Romero, G. Otilia Martínez y Ofelia Meza Benítez, del Chaco.

EL CHINGOLO

Había una vez un hombre muy forzado, pero muy jactancioso.

Una vez pasó por el lugar donde se construía un templo de anchos muros y fuertes columnas. Al verlo dijo, lleno de soberbia:

—¡Gran cosa es esto, soy capaz de echarlo al suelo de una patada! —
Y así lo hizo, festejando su atrevimiento a carcajadas.

El juez mandó prenderlo y engrillarlo, y de este modo lo condujeron a la cárcel. El castigo de Dios fue más severo que el de los hombres. Por su vanidad y por su profanación fue convertido en chingolo (1).

Por eso este pajarito conserva su bonete de presidiario, anda siempre nervioso, y como aún lleva puestos los grillos, solo puede caminar a saltitos.

(1) Chingolo —*Zonotrichia capensis*—. Se le llama también *chuschín* en parte de la región andina y en la norteña.

Consultamos las versiones enviadas por los maestros: Sra. Hermenegilda O. de Gallardo, y Srta. María Almazón, de San Juan, y Sr. Luis Jerónimo Lucero, de San Luis.

EL URUTAÚ

Había una vez una joven tan amiga de divertirse, que todo lo olvidaba por una hora de entretenimiento.

Un día, mientras bailaba en una gran fiesta de la comarca, le avisaron que su madre estaba muy enferma y mandaba por ella.

La muchacha se sobresaltó con la noticia, pero, como estaba acostumbrada a no privarse de ninguna diversión, el gusto pudo más que su deber de hija, y se quedó hasta el fin.

Cuando volvió a su casa, la madre había muerto. La muchacha la lloró a todas horas sin consuelo, y la Providencia castigó su culpa convirtiéndola en un ave de aspecto raro y siniestro: es el urutaú (1), que huye de toda presencia y vaga solitario. En la oscuridad de la noche, y en el silencio de la selva, llora y llorará siempre con su grito extraño y lastimero.

(1) El *urutaú* o *cacuy* - *Nictibus griseus*.

Urutaú se llama en la región del N. E. argentino y *cacuy* en la del N. O. *Urutaú* es nombre guaraní: las etimologías propuestas por algunos autores no son claras.

El *urutaú* inspiró a Guido Spano su famosa *Nenia*.

Redactamos este cuento animalístico sobre las versiones enviadas por los Sres. Jesús Alberto Aguilera, de Buenos Aires; Sr. L. A. Antonini, de Entre Ríos; Sra. Ángela Andriani de Deloro, y María B. D. de Costo, del Chaco.

EL QUIRQUINCHO

El quirquincho (1) fue un tejedor tan hábil como haragán.

Una vez, como llegaba el invierno y no tenía con qué abrigarse, decidió tejerse un poncho.

Preparó la *urdiembre* (2) en su telar de palos (3) y comenzó a tejer con su maestría de siempre. La tela salía fina, apretada, flexible. Sería seguramente su obra maestra: él lo comprendía, y la miraba con orgullo. A los dos días de trabajo firme y entusiasta, la pereza lo dominó y descuidó el tejido. No solo iba quedando floja y desprolija la trama, sino que, para terminar pronto, agregó hilos gruesos y groseramente retorcidos.

Con el tejido burdo aligeró el trabajo y ganó tiempo. Pronto estuvo la tela casi terminada. Antes de sacarla, el tejedor tuvo un remordimiento de conciencia, y volvió a tejer apretadamente y a manejar con prolijidad los hilos; pero la *lista* (4) delicada contrastó visiblemente con el resto de la prenda basta.

Cuando para castigar su haraganería y falta de prolijidad Dios lo convirtió en animal, el quirquincho llevaba puesto su poncho ridículo, que se endureció en forma de caparazón. Las placas pequeñas y apretadas de los extremos contrastan con las grandes y desiguales del medio.

Las tejedoras comarcanas que conocen la historia del quirquincho, ponen todo su amor y su celo en las hermosas mantas criollas que trabajan.

(1) *Quirquincho*, también *peludo*.

(2) *Urdiembre* es la palabra que usa el pueblo en el interior. *Urdimbre* pertenece al lenguaje culto.

(3) El telar criollo, primitivo.

(4) *Lista* — “franja”.

Consultamos las versiones recogidas por los maestros: Srta. Ana Albertina Aparicio, de Jujuy, y Sr. Luis J. Lucero, de San Luis.

LA URRACA

Había una vez una costurera ladrona, coqueta y orgullosa. Tenía la costumbre de quedarse con parte de las ricas telas que le traían para su trabajo. Así se vestía lujosamente y cambiaba de trajes muy a menudo.

Un día fue una mujer muy pobre para que le hiciera un vestido de dos colores, azul y amarillo. La costurera le pidió, como de costumbre, que comprara más cantidad de tela de la que necesitaba. A pesar de que el gasto era grande, la mujer cumplió con sacrificio sus indicaciones. Con los retazos que le quedaron, la costurera pudo hacerse un precioso vestido azul, de pechera amarilla, y llena de vanidad lo lució en una fiesta.

Pero aquella mujer pobre, que era la Virgen, para castigarla le hizo perder su forma humana y la convirtió en urraca (1). Aún lleva el ave el traje de dos colores que la delató, y sigue siendo, como entonces, ladrona, coqueta y orgullosa.

(1) *Urraca* - Guira guira.

Redactado sobre la versión enviada por la Srta. María Amelia R. de Martín, de Salta.

LA IGUANA

La iguana tiene su historia.

Era una mujer pobre y haragana que tenía como único abrigo para el invierno una frazada rota.

Por las noches tiritando de frío decía: “Mañana coseré mi frazada”. Al día siguiente salía con su cobija, y como le parecía que el sol calentaba bien, pensaba que no era tan urgente arreglar su prenda, y se entregaba al sueño tranquilamente.

Esto sucedía todos los días hasta que la frazada se destrozó por completo y su ducha tuvo que ir durante la noche a buscar abrigo en las cuevas de los animales. Dios, al comprobar su haraganería, la convirtió en el feo reptil cuya piel recuerda la frazada sucia y rota.

EL CACUY

Eran dos hermanos huérfanos, un varón y una mujer, que vivían solos en el monte.

Caco, que era el nombre familiar del muchacho, cuidaba su majadita de cabras, cazaba, buscaba miel y juntaba algarroba y otras frutas silvestres en el bosque. Con esto tenían lo suficiente para vivir. La niña cuidaba la casa y preparaba la comida.

Los dos hermanos eran de condición opuesta: él generoso; ella, mezquina. Con la vida libre del campo crecían a la vez la bondad del muchacho y la ruindad de la niña.

El desapego que la muchacha tuvo siempre para con su hermano se convirtió en provocación. Amasaba el pan y preparaba la comida para ella sola. Cuando el hermano regresaba después de todo un día de andanzas y fatigas, no tenía qué comer. Cuando él lo llevaba todo con resignación, ella inventaba pretextos para herirlo y hacerlo sufrir. Tomó el hábito de mortificarlo y no disimulaba su satisfacción cuando lo conseguía.

El hermano trató por todos los medios de cambiar el carácter y los sentimientos de la hermana, pero no lo consiguió. Agotadas su bondad y su paciencia, y amargado por su vida, resolvió darle un castigo tan grande como su crueldad.

Un día le pidió que le ayudara a sacar de un árbol muy alto un panal que acababa de descubrir. Ella era muy aficionada a la miel, y aceptó. Cruzaron el bosque y treparon a un árbol gigantesco. Cuando llegaron a la copa, se cubrieron la cabeza para evitar el aguijón de las abejas. La niña se sentó en una horqueta y esperó las órdenes del hermano que debía buscar el panal. El muchacho fingió abrirse paso entre el ramaje hacia el enjambre, pero bajó, y al bajar fue cortando uno a uno todos los gajos del tronco.

—¡Sabrás, ahora, lo que es tener hambre! —le gritó desde abajo.

La niña se desembozó y vio el tronco desgajado y altísimo. Rompió a llorar y le pidió al hermano que la bajara; le prometió que sería buena, que cumpliría sus órdenes y lo ayudaría; pero él no se ablandó, y marchándose la dejó abandonada.

En su desesperación, la muchacha lo llamó por su nombre tantas veces como le alcanzó la voz:

—¡Caco, huy! ¡Caco, huy! ¡Cacuy! ¡Cacuy!... (1)

Cuando cayó la noche sobre el bosque, su grito de horror y de arrepentimiento se hacía cada vez más lastimero; pero nadie podía oírlo; su hermano estaba ya muy lejos.

Sobre aquel castigo cayó otro castigo superior: la hermana cruel se transformó en ave y echó a volar en busca del hermano. Desde entonces, cuando llega la noche, con la cabeza tendida hacia la altura, los ojos cerrados y en rara actitud de espera, llama angustiada al hermano que

nunca volverá: ¡Cacuy!... ¡Cacuy!... ¡Cacuy!...

Los lugareños de los cerros y las selvas del norte, que conocen la historia del ave solitaria y huraña, se estremecen al oírla.

(1) Voz onomatopéyica.

Cacuy o *urutaú* — *Nictibus griseus cornutus* (Veillot). Ave nocturna. Habita Panamá, Centro y Sudamérica. En la Argentina, el Norte y Nordeste. Es singular por su aspecto, por su vida nocturna y oculta y por su raro grito.

Redactamos este cuento animalístico sobre la versión recogida en Salta por la Srta. Irene F. Goytía. Tenemos a la vista las variantes enviadas por los maestros: Srta. Amalia Dávila, Sr. Domingo Orona, y Sra. Carmen H. de Calderón, de La Rioja; Sra. Paula Ibarra de Coronel, Leonor C. de Cejas, Natalia Lizárraga de Terrera, y Srtas. Rosa B. Barraza, Eugenia Salvatierra y Clementina Dorado, de Santiago del Estero; Sra. Carmen H. de Calderón y Srta. Rosario Santillán, de Tucumán; Sra. Felipa Sosa de Moreno y Dalmira W. de Orellano, de Salta; Sras. Francisca M. de Martínez, María E. A. de Sánchez y Srta. Josefina Villacorta, de Catamarca; Sra. Luisa E. L. de Dufour y Sr. Antonio Castellano, del Chaco; Srtas. Cástula S. Gómez y Rosa Pepe, de Entre Ríos.

ADIVINANZAS

Brama y brama como el toro
y relumbra como el oro.

R.: El trueno y el relámpago.

En una calle muy limpia
anda una dama a un compás,
que camina *pa* adelante
con los ojos para *tras*.

R.: La tijera.

Salgo de la sala,
voy a la cocina,
meneando la cola,
como una gallina.

R.: La escoba.

Vuela sin alas,
silba sin boca,
pega sin manos,
y no se lo toca.

R.: El viento.

Pampas blancas,
semillas negras,
cinco toros
y una ternera.

R.: La mano, la lapicera, el papel y la escritura.

Te la digo
y no me entiendes,
te la repito
y no me comprendes.

R.: Tela.

Hermanos son,
uno va a misa
y el otro no.

R.: El vino y el vinagre.

Soy animal que viajo:
de mañana a cuatro pies,
a mediodía con dos
y por la tarde con tres.

R.: El hombre.

Horquetín, horquetín,
a cada paso hace chilín.

R.: La espuela.

Una pregunta tan fácil
sabiéndola preguntar:
¿qué planta se va a regar
cuando la van a cortar?

R.: La barba.

Redondo, redondo,
no tiene tapa
ni tiene fondo.

R.: El anillo.

Una vieja corcoveta
tuvo un hijo enredador,
unas hijas buenas mozas
un nieto predicador.

R.: La viña.

Oro no es,
plata no es,
abrí la cortina,
sabrás lo que es.

R.: El plátano.

Blanco, barranco,
pantalón blanco.

R.: El avestruz.

Fui por un caminito
encontré una dama,
le pregunté su nombre
y me dijo Juana.

R.: La damajuana.

Un cercado
bien arado
donde la reja
no ha entrado.

R.: El tejado.

En el campo grita
y no es campero,
pega el martillazo
y no es zapatero.

R.: La chuña.

Unas regaderas
más grandes que el sol
con que riega el campo
Dios nuestro Señor.

R.: Las nubes.

Cuando chiquita, aspidita;
y cuando grande, mochita.

R.: La luna.

Barbas tiene,
hombre no es,
olas hace,
río no es.

R.: El trigo.

En el campo monterano
hay un fraile franciscano,
tiene dientes y no come,
tiene barba y no es hombre.

R.: El choclo.

Vestidos de blanco y negro
venían dos caballeros,
uno al otro se decía,
yo primero — yo primero.

R.: Los pies.

Una yegüita blanca
salta cerros y barrancas
y no se manca.

R.: La luna.

Blanca en mi nacimiento,
morada en mi vivir,
y me voy poniendo negra
cuando me voy a morir.

R.: La mora.

Randa que randa
randadorita,
teje que teje
tejedorita.

R.: La araña.

Un animalito bravo
piquito *dobla*o,
sombbrero bayo
ponchito *listao*.

R.: El carancho.

Primero fui blanca,
después verde fui;
cuando fui dorada,
¡Ay, pobre de mí!

R.: La naranja.

¿Qué será un animalito;
cuando más come,
más flaco se pone?

R.: El cuchillo.

Tira el hilito,
y grita el pajarito.

R.: La campana.

Yo vi cien damas hermosas
en un momento nacer,
ponerse como una rosa
y en seguida perecer.

R.: Las chispas.

Una yegüita mora
con riendita en la cola.

R.: La aguja.

Con el piquito
picotea
y con el rabito
tironea.

R.: La aguja.

Animalito bermejo,
costillas sobre el pellejo.

R.: El barril.

Come por el lomito,
destila por el piquito.

R.: La pava.

Cuando me siento, me estiro,
cuando me paro, me encojo;
entro al fuego y no me quemo,
entro al agua y no me mojo.

R.: La sombra.

De nada sirvo de día;
de noche sirvo bastante;
como siempre doy trabajo,
me cortan a cada instante.

R.: El pabilo.

Es colorado bolsillo,
que tiene plata en sencillo.

R.: El ají.

Verde como loro,
bravo como toro.

R.: El ají.

Te digo y te repito
que si no adivinas,

no vales un pito.

R.: El té.

Tengo la cabeza dura
me sostengo sobre un pie
y soy de tal fortaleza
que a Dios hombre sujeté.

R.: El clavo.

Bajo de la lana
suena la campana.

R.: La tijera de esquilar.

Delante de Dios estoy
entre cadenas metida,
ya estoy alta, ya estoy baja,
ya estoy muerta, ya estoy viva.

R.: La lámpara del altar.

Pajarito volando,
con las tripas colgando.

R.: El barrilete.

En la punta de una barranca,
hay cinco niñas con gorras blancas.

R.: Las uñas.

Una dama muy delgada
y de palidez mortal,
que se alegra y se reanima
cuando la van a quemar.

R.: La vela.

Siempre quietas,
siempre inquietas,
durmiendo de día,

de noche despiertas.

R.: Las estrellas.

Mi padre tiene un dinero
que no lo puede contar,
mi madre tiene una sábana
que no la puede doblar,
mi hermana tiene un espejo
que no se puede mirar.

R.: Las estrellas, el cielo y el sol.

En blanco pañal nací,
en verde me transformé,
fue tanto mi sufrimiento
que amarillo me quedé.

R.: El limón.

Chiquitito
como ratón,
guarda la casa
como león.

R.: El candado.

Fui al mercado
compré un negrito;
y ya en mi casa,
es coloradito.

R.: El carbón.

Es su madre tartamuda
y su padre un buen cantor;
tiene su vestido blanco,
y amarillo el corazón.

R.: El huevo.

Más largo que un pino,
pesa menos que un comino.

R.: El humo.

Entre muralla y muralla,
hay una flor colorada;
llueva o no llueva,
siempre está mojada.

R.: La lengua.

En Salta estaba,
aquí estaba
y siempre estaba.

R.: La taba.

Tiene dientes
y no come,
tiene barbas
y no es hombre.

R.: El choclo.

Oro no es,
plata no es,
abrí la cajita
y verás lo que es.

R.: La nuez.

En el campo me crié,
dando voces como loca,
me ataron de pies y manos
para quitarme la ropa.

R.: La oveja.

Ovillejo, ovillejo,
cara de indio viejo.

R.: El quirquincho.

Entra cantando,
sale llorando.

R.: El balde.

Galán caballero,
chaleco blanco,
sombbrero negro.

R.: El teru-tero.

Tengo cabeza redonda
sin nariz, ojos, ni frente,
y mi cuerpo se compone
tan solo de blancos dientes.

R.: El ajo.

Salta y salta
y la colita le falta.

R.: El sapo.

Blanco fue mi nacimiento
negra fue mi mocedad,
se me peló la cabeza
y no sé por qué será.

R.: El cóndor.

Palo liso, palo liso,
cada vez que te veo, me atemorizo.

R.: La víbora.

Ancho y bola,
fortacho en la cola.

R.: El mataco, o quirquincho bola.

Todos me pisan a mí,
yo no piso a nadie;

todos preguntan de mí,
yo no pregunto de nadie.

R.: El camino.

En aquel monte escabroso
me dijeron que abra el ojo.

R.: El abrojo.

Garra, pero no de cuero,
pata, pero no de vaca.

R.: La garrapata.

Traca que traca,
tras la petaca.

R.: El ratón.

Un animalito, lico, lico,
que no tiene cola ni pico.

R.: El sapo.

Tras, tras,
la cabeza para atrás.

R.: La lechuza.

Tordillo rabón,
patas de azadón,
cabeza de botón.

R.: El avestruz.

Dos niñas a la par,
que no se pueden mirar.

R.: Los ojos.

Negro bocón,
petiso y panzón.

R.: El mortero.

Alto y grandote,
con un diente en el cogote.

R.: El asador.

CAMINA LA VIRGEN SANTA

Camina la Virgen Santa,
camina para Belén:
En la mitad del camino
pide el niño qué beber.
Le dice la Virgen Santa:
—No bebas agua, mi bien,
que las aguas corren turbias
y no se pueden beber.
Camina para delante,
y da con un naranjel (1);
el que lo estaba cuidando
era un ciego, que no ve.
Le dice la Virgen Santa:
—Ciego que nada no ve,
dale una naranja al niño
para que aplaque la sed.
Responde el ciego y le dice:
—Corte lo que es menester.
Cuando más cortaba el niño
más volvía a florecer.
Le dice la Virgen Santa:
—Dios te lo pague muy bien;
con la bendición del niño
abre los ojos y ve.
A gritos decía el ciego:
—¿Quién me ha hecho esta gran merced?
—Yo soy la Virgen María,
camino para Belén.
Aquí se acaba este verso;
ya que Cristo dio en Belén,
los pajarillos del prado
le canten su gloria, amén.

(1) Naranjel por naranjal, usado en español antiguo y dialectal. Ídem rosel por rosal.

ENTRE SAN PEDRO Y SAN JUAN

Entre San Pedro y San Juan,
hicieron un barco nuevo;
el barco era de oro,
los remos eran de acero,
San Pedro era piloto,
San Juan era marinero,
y el capitán general
era Jesús Nazareno.

En una noche oscurita
cayó un marinero al agua.
Lucifer, que nunca duerme,
le dirigió estas palabras:

—Marinero, ¿qué me das
si yo te saco del agua?
—Te doy todos mis navíos
cargados con oro y plata.

—Yo no quiero tus navíos,
ni tu oro ni tu plata.
Yo quiero que cuando mueras
a mí me entregues el alma.

—Yo el alma la entrego a Dios
y el cuerpo al agua salada,
y los restos que me quedan
a los pescados del agua.

VIDALITAS

Cuando te sonrías,
¡vidalita!
estando a mi lado;
creo que a la tierra
¡vidalita!
el sol ha bajado.

No hay planta en el campo
¡vidalita!
que florida esté;
todos son despojos,
¡vidalita!
desde que se fue.

Palomita blanca,
¡vidalita!
que cruzas el valle,
ve a decir a todos,
¡vidalita!
que ha muerto Lavallo.

Palomita blanca,
¡vidalita!
vuélvete a tu nido,
y hallarás la sangre,
¡vidalita!
de mi pecho herido.

Para los dichosos,
¡vidalita!
cortos son los días;
para mí son siglos,
¡vidalita!
de melancolía.

Si algún día vuelve,
¡vidalita!
Y no me halla ya,
que corra a buscarme,

¡vidalita!
a la eternidad.

RESPUESTA OPORTUNA

*Ahí te mando, primo, el sable;
no va como yo quisiera;
del Tucumán es la vaina.
y de Salta la contera.*

Glosa

Cercado de desventuras,
desdichas y desaciertos,
no distingo sino muertos,
no veo sino amarguras.
Los hijos de estas llanuras
tienen valor admirable;
Belgrano, grande y afable
a mí me ha juramentado;
y, pues todo está acabado,
ahí te mando, primo, el sable.

Cada jefe testimonio
dio de ser un adalid;
Díaz Vélez, más que el Cid;
Rodríguez, como un demonio;
Aráoz, por patrimonio,
tiene la índole guerrera;
de Figueroa a la carrera
me libré, si no me mata.
Estoy ya de mala pata;
no va como yo quisiera.

Forest, Superí y Dorrego,
Perdriel, Álvarez, y Pico,
Zelaya en laureles rico,
y Balcarce brotan fuego;
Arévalo, de ira ciego,
en sus ardores no amaina.
Me han cebado una polaina
los tales oficialitos;
y cantan estos malditos,
del Tucumán es la vaina.

Por fin, ese regimiento
llamado número Uno,
con un valor importuno,
me ha dado duro escarmiento;
y es tanto mi sentimiento,
que yo existir no quisiera,
pues la fama vocinglera,
publicará hasta Lovaina,
que es de Tucumán la vaina
y de Salta la contera.

Nota: Llegó Belgrano a Salta, obtuvo el triunfo el 20 de febrero y el enemigo después de jurar que no tomaría las armas contra los defensores de la libertad, emprendió la retirada. En esa oportunidad, los patriotas descubrieron una carta enviada a Tristán por su primo hermano Goyeneche, en la cual le pedía hiciera cambiarle la vaina a un sable que le mandaba.

Con este motivo —dice el Dr. Ángel Justiniano Carranza, citado por el Dr. Zeballos—, los patriotas compusieron los chispeantes versos que anteceden.

COPLAS

¡Adiós, Jujucito, adiós,
te dejo y me voy llorando!
La despedida es muy triste
la vuelta, quién sabe cuándo. (1)

Triunfaréis de los tiranos
y a la patria daréis gloria
si, fieles americanos,
juráis obtener victoria. (2)

Vamunis, compañeritos,
a defender la bandera,
que la *sangri* de La Puna
no se *redama andiquiera*. (3)

¡Palomita, palomita,
palomita de La Puna,
a Belgrano lo vencieron
en la pampita de Ayuma! (4)

La bandera de sangre,
triste divisa,
se deshizo en Caseros,
¡que viva Urquiza!

Si Dios me presta la vida,
y el Arcángel San Gabriel,
voy a buscar a Lavalle
para juntarme con él.

NOTAS DE LAS COPLAS HISTÓRICAS

(1) En 1812 cuando el General Manuel Belgrano recibió orden del Gobierno de Buenos Aires de replegarse a Córdoba, lanzó un bando que ordenaba a todos los habitantes de San Salvador de Jujuy dejar la ciudad y seguir al ejército en dirección a Tucumán.

Jujuy cumplió el bando que le imponía el sacrificio de sus haciendas y el 23 de agosto de 1812 se inició el llamado éxodo jujeño.

La tradición cuenta que un oficial, al vadear el río Chico y ver por última vez quizás su ciudad natal, compuso esa copla.

(2) Cuando Belgrano hizo jurar a la tropa la bandera blanca y celeste,

en la orilla del Río Pasaje (desde entonces Juramento) el 18 de febrero de 1813, esta copla que recuerda tal acontecimiento fue grabada en un árbol.

A distancia de cien pasos del río, sobre la ribera oeste, había un árbol que sobresalía por su corpulencia: limpiando una parte de su corteza, hacia media altura de un hombre, se grabó una inscripción que decía Río Juramento y más abajo esta copla. (Coronel L. Lugones).

(3) Cuando Belgrano prosiguió su marcha siguiendo las huellas del ejército del rey y estableció sus cuarteles en Yavi, en los primeros días de junio del año de 1813, los puneños conocieron la bandera de la patria, porque a ella alude esa coplita recogida en Abrapampa.

(4) A Vilcapugio siguió Ayohuma, el 14 de noviembre, y la cajita puneña lloró el nuevo desastre con versos, que fueron recogidos en La Puna.

LAS AVES QUE HICIERON NIDO

*Las aves que hicieron nido
en árbol de hojas cargado
lo miran desconocido
cuando lo ven deshojado.*

Vestido de verdes hojas,
todo árbol es muy hermoso,
pero ¡qué triste y penoso
cuando el tiempo lo despoja!
Porque en perdiendo sus hojas,
ya no es quien antes ha sido;
ni las sombras que ha tendido
tiene para aquel entonces;
y tal vez ni lo conocen
las aves que hicieron nido.

Mas un árbol libre, goza
de sus hojas permanentes,
vienen aves diferentes
a anidar en él gustosas;
allí viven cariñosas,
teniendo su gusto empleado.
Yo lo tengo bien mirado
que un ave, por ruin que sea,
hacer su nido desea
en árbol de hojas cargado.

Un árbol sin hojas sabe
el tiempo en que reverdece,
y luego que su hoja crece,
vuelven otra vez las aves,
allí trinan cantos suaves
y olvidan de lo pasado.
Se vuelve a quedar postrado
si el tiempo le hace perjuicio,
y entonces ni le hacen juicio,
cuando lo ven deshojado.

Yo vi un árbol que se vio
verde, y después se marchita,
y el mismo tiempo le quita

lo que otro tiempo le dio;
y cuando seco se vio,
las aves que hicieron nido
tal vez las que hayan nacido
al abrigo de sus hojas,
como el tiempo lo despoja,
lo miran desconocido.

VIENE EL ALEGRE VERANO

*Viene el alegre verano
todo lleno de placer,
luego que cambia en invierno,
trueca el gusto en padecer.*

La florida primavera
vuelve al árbol su vestido:
como es un nuevo cultivo,
van brotando las higueras.
Llega el chañar y las brevas
por ser de fruto temprano,
y aun cuando nos falte el grano
no es cosa mayor la pena;
que con varias frutas buenas
viene el alegre verano.

Más atrás vienen los higos,
la algarroba y el mistol,
zapallos, sandía, melón;
tiempo de muchos amigos.
Llegan duraznos, membrillos,
tunas, uvas moscatel;
mil frutas para comer,
quiscaluro y piquillín,
¿y quién no ha de estar así
todo lleno de placer?

También viene el arrayán,
la mora que es un encanto,
más adelante del mato
viene el lucido chalchal.
Las tunas un poco atrás
las peras de un sabor bueno,
la granada grano tierno
es cosa muy delicada;
al fin todo esto se acaba
luego que cambia en invierno.

Ya hemos visto de una en una
las frutas más exquisitas
y cuando el tiempo las quitas

solo nos deja la hambruna,
pues no queda más fortuna,
que la aunca para comer,
pero esto ha de suceder,
si el lindo maíz no se acaba;
porque la maldita helada
trueca el gusto en padecer.

DICEN QUE EL CARNAVAL VIENE

Dicen que el carnaval viene
se va y se va,
por la lomita pelada
si llegará.
Aquí lo estoy aguardando
se va y se va,
con la alojita colada
si llegará.
Dicen que el carnaval viene
se va y se va,
en un caballo pilón
si llegará.
Aquí lo estoy aguardando
se va y se va,
con un costal de almidón
si llegará.

COPLAS

Ya viene el sol saliendo
—dicen las flores—,
ya viene quien nos quita
nuestros colores.

A las flores de otoño,
lleva el invierno,
porque los fríos queman
todo árbol tierno.

De la punta de aquel cerro
bajan mis llamas cansadas,
unas con panes de sal,
otras con *chalonga* y lana.

Desde arriba *m'hi venío*,
solito y sin compañero,
solo con mi pobre poncho,
y en el bolsillo el pañuelo.

Después que pintan las uvas,
viene el chañar madurando;
y los zorros en las plantas,
que se las pelan gritando.

Soy el toro de la cumbre,
me llaman el orejano:
en las astas traigo invierno
y en el balido verano.

Santiagoño soy, señores,
yo no niego mi nación;
en la copa del sombrero
traigo chañar y mistol.

Todos los buenos cantores
cantan de puertas adentro;
yo, como cantor cualquiera,
canto al sereno y al viento.

¡Qué lindo para el verano,

cuando principia a llover!
Todos los árboles secos,
vuelven a reverdecer.

Ya sale la luna hermosa,
con sus colores de plata,
como madejita *i* seda,
dando vueltas se desata.

Cuando la perdiz canta
nublado viene;
no hay mejor señal de agua
que cuando llueve.

Cuando la perdiz canta
y el sol se nubla,
dicen las puebleritas:
—Agua segura.

Dame un racimo de uvas
de tus higueras;
cuando yo plante parras
te daré brevas.

Las nubes están cargadas,
cargadas a punta *i* caña,
esta noche va a llover
si la vista no me engaña.

Las nubes están cargadas,
agua Dios quiere llover,
mañana por los caminos
agua turbia ha de correr.

Mañana me voy a Salta,
de Salta para Jujuy,
de Jujuy para los cerros,
a llorar como cacuy.

No hay planta, como la higuera,
que dé dos frutos al año:
cuando las brevas maduran
los higos ya están tamaños.

No hay planta como la parra,
que nos dé lo suficiente,
de la pasa se hace arrope,
y del arrope aguardiente.

—¿Para dónde, paloma,
tan de mañana?
—A recoger las flores
de mi montaña.

Ayer tarde, estando triste,
al pie de un hermoso pino,
sentí que se lamentaba,
la palomita en su nido.

Asentada en una piedra,
de las faldas de una loma,
cantando se lamentaba
una huérfana paloma.

Muy cierto me había salido
el sueño de esta mañana;
un pajarito en la torre,
repicando las campanas.

Por las calles de Antinaco
pasa una viuda llorando,
con un costal de algarroba
y una guanaca tirando.

En la orilla de un río
sembré corales,
por ver si coloreaban
los arenales.

Florcita de sachapera,
Salta se ha vuelto frontera.

Fueron todas tus palabras
como lluvia de verano,
por la mañana cayeron,
por la tarde se secaron.

Las estrellas del cielo
no son iguales:
unas son chiquititas
y otras son grandes.

Las estrellitas del cielo,
nadie las puede contar,
tan solo Aquel que las puso
cada una en su lugar.

—¿*Diánde salís*, pajarillo,
tan amarillo y mortal?
—De la cordillera vengo
disparando al temporal.

Dicen que el mundo es redondo,
pero tiene cuatro cortes,
tiene el naciente, el poniente,
tiene el sur y tiene el norte.

El árbol del monte sabe
el tiempo en que reverdece,
vuelven las aves al nido,
tan luego que la hoja crece.

Enero poco, Febrero loco,
Marzo poquito poco,
y lo que llueve en Abril,
cabe entero en un barril.

Tengo una pena morada
y un sentimiento amarillo:
la pena parece breva
y el sentimiento membrillo.

PINTAR EL MUNDO AL REVÉS

Pintar el mundo al revés
se ha visto entre tanto yerro,
el zorro corriendo al perro,
el ladrón por tras del juez.
Para arriba van los pies,
con la boca va pisando,
el fuego al agua apagando,
el ciego enseñando letras,
los bueyes en la carreta
y el carretero tirando.

El tirano de hoy es bueno,
a todos nos da la mano.
Hiela el sol en el verano,
y nos quema en el invierno.
Se han mudado los gobiernos,
los trigos moliendo piedras,
la nieve se ha vuelto negra,
los pastos comiendo reses,
doce años tienen los meses,
la nuera se ha vuelto suegra.

Arrímense a una majada,
verán lo que nunca ha habido,
el ganado andar tendido,
y las culebras paradas,
allí verán asombradas,
correr al tigre el potrillo,
y llamarlo al corderillo,
siendo la oveja la madre,
así lo mismo la carne,
ahora corta al cuchillo.

Esto viene por su esfera
que el esclavo al amo manda,
los hombres llevan la carga,
la mula se ha vuelto arriera,
por esta misma carrera,
el ratón corriendo al gato,
el agua nada en el pato,
la perdiz tras del halcón,

por esta continuación,
adentro el trigo va el saco.

COPLAS

Todos los días me paso
como garza en la laguna,
con el pescuezo estirado
sin esperanza ninguna.

A la orilla de la mar
estaba un sapo desnudo,
poniéndose las espuelas
para montar un peludo.

Alojita de algarroba
molidita en el mortero,
que se sube a la cabeza
como si fuera sombrero.

Amores y dinero
quitan el sueño;
yo, como no los tengo,
muy bien que duermo.

A orillas de una laguna
estaba un sapo con otro;
uno estaba de levita
y el otro de bota *i* potro.

A orillas de una laguna
estaba un sapo en cuclillas,
con la navaja en la mano
haciéndose la patilla.

Cazador salió a cazar
patitos a la laguna.
Salió el patito y le dijo:
Cazarás, pero las plumas.

Corrió el sapo una carrera
con una tortuga vieja:
Castigaron cuadra y media,
ganó el sapo por la oreja.
La volvieron a correr,
redoblando la parada;

llegando a la cuadra y media,
pegó el sapo una rodada.

Cuando pasé por tu casa,
estaba un cuero colgado,
yo le dije: ¡buenas tardes!
y el cuero quedó callado.

Cuando salí de mi tierra
de nadie me despedí,
solo de una pobre vieja
que estaba moliendo ají.

Cuatro camisas tengo,
las cuatro vendo,
para comprarme un coche,
que no lo tengo.
Que no lo tengo, sí,
¡ay! me da risa
verme dentro del coche
y sin camisa.

En la falda de aquel cerro
llora triste un gavián
no llora porque tiene hambre,
sino porque es animal.

En la orilla de un río
cantaba un sapo,
y en su canto decía:
¿con qué me tapo?

En la puerta del cielo
canta un riojano.
Sale San Pedro y dice:
¡Entre, paisano!

Lo primero que ofrecen
los de la sierra,
unos quesillos duros
como las piedras.
Como las piedras, sí,
fuego violento,

con el piquito en l'agua
vivo sediento.

Me ha mandado mi mamita,
que le dé las buenas noches;
y si no ha visto pasar
una lagartija en coche.

Me mandaron no sé dónde
a buscar no sé qué rosa;
y me volví no sé cuándo,
trayendo no sé qué cosa.

¡Ojalá Dios se enojara
y me mandara en castigo
una creciente de arroyo
y una soga de quesillos!

Pensando en que me dejaste,
lloro tanto y tan de veras,
que la gente de mi casa
se imagina que hay goteras.

Por las orillas de un hombre
estaba sentado un río,
afilando su caballo
y dando agua a su cuchillo.

¿Qué le pasa a este mocito?
¿Por qué se ha callado tanto?
Parece que le han cosido
la boca con hilo blanco.

—¿Qué *querís* que te traiga
de la otra banda?
—Una paloma negra
con alas blancas.

Si quieres que yo te quiera
lo será con condición
que lo tuyo sea mío
y lo mío tuyo no.

Todas las mañanitas
del mes de enero,
me amanecen las uñas
sobre los dedos.

Una vez canté en mi casa,
y mi voz llegaba al mar;
se aficionó una sirena,
y me tuve que callar.

Un diablo se cayó al fuego
y otro diablo lo sacó,
y otro diablo le pregunta:
¿cómo diablos se cayó?

Ya no hay coplas *pa* cantar,
mandaremos a traer;
en mi casa tengo un árbol
que de coplas se ha *i* caer.

¡Arribita, arribita!
dijo un zorrino,
espolines de plata,
poncho *i* merino.

¿ADÓNDE VAS, PASTORCILLO?

—¿Adónde vas, pastorcillo?
Chiruflán, chiruflán.
—A recoger violetas.
Chiruflán, chiruflán.
—¿Para qué son esas violetas?
Chiruflán, chiruflán.
—Para adornar las cabezas.
Chiruflán, chiruflán.
—¡Ay! ¿si te pilla el rey?
Chiruflán, chiruflán.
—Le haremos la cortesía.
Chiruflán, chiruflán.
—¡Ay! ¿si te pilla la reina?
Chiruflán, chiruflán.
—Le haremos la reverencia.
Chiruflán, chiruflán.
—¡Ay! ¿si te pillara el negro?
Chiruflán, chiruflán.
—Le daremos cuatro palos,
Cuatro palos tras *l'*oreja,
Chiruflán, chiruflán.

A LA ORILLA DE UN RÍO

A la orilla de un río,
una doncella
bordaba pañitos de oro
para la reina.
En lo mejor del bordado
le faltó seda.
Pasó un vendedor de seda:
—¿Quién compra seda?
—¿De qué color es la seda?
—Azul y blanca.
—¿A cómo vende la seda?
—A tres cincuenta.
Mi padre es un pobre viejo
no tiene nada,
de tres hermanas mías,
la mejor de ellas,
se la llevaron lejos
de prisionera.

EL NIÑITO DEL AGUATERO

Al niño del aguatero
muerto lo llevan en un sombrero;
el sombrero era de paja,
muerto lo llevan en una caja;
la caja era de cartón,
muerto lo llevan en un cajón;
el cajón era de pino,
muerto lo llevan en un pepino;
el pepino era encarnado,
muerto lo llevan amortajado;
al pasar frente a la iglesia,
se le cayó la cabeza;
al pasar por el infierno,
salió el diablo con dos cuernos.

AL NIÑO BONITO

Al niño bonito
¿qué le daré?
Un conejito
que ayer pillé.
Es muy mansito,
no sabe morder.
Aquí se lo traigo,
para que juegue
con su merced.

AL PASAR LA BARCA

Al pasar la barca
me dijo el barquero:
—Las niñas bonitas
no pagan dinero.
—Yo no soy bonita
ni lo quiero ser,
porque las bonitas
suelen padecer.
¡Arriba, abajo
la barca de San José!

AYER TARDE TUVE UN REAL Y MEDIO

Ayer tarde tuve un real y medio;
con mi real y medio
me compré una polla.
¡Juá, juá, qué polla!
La polla tuvo los huevos;
tengo la polla,
tengo los huevos;
siempre me queda mi real y medio.

Ayer tarde tuve un real y medio;
con mi real y medio
yo compré una mona.
La mona tuvo un monito,
luego, tengo la mona, tengo el monito,
tengo la polla, tengo los huevos,
y siempre me queda mi real y medio.

Ayer tuve mi real y medio;
con mi real y medio
me compré una chancha.
¡Juá, juá, qué chancha!
La chancha tuvo un chanchito.
Tengo la chancha, tengo el chanchito,
tengo la mona, tengo el monito,
tengo la polla, tengo los huevos,
y siempre me queda mi real y medio.

Ayer tarde tuve mi real y medio;
con mi real y medio me compré una burra.
¡Juá, juá, qué burra!
La burra tuvo un burrito;
tengo la burra, tengo el burrito,
tengo la chancha, tengo el chanchito,
tengo la mona, tengo el monito,
tengo la polla, tengo los huevos,
y siempre me queda mi real y medio.

Ayer tarde tuve mi real y medio;
Con mi real y medio me compré una negra;
¡juá, juá, qué negra!
La negra tuvo un negrito;

tengo la negra, tengo el negrito,
tengo la burra, tengo el burrito,
tengo la chancha, tengo el chanchito,
tengo la mona, tengo el monito,
tengo la polla, tengo los huevos,
y siempre me quedo con mi real y medio.

Ayer tarde tuve mi real y medio;
con mi real y medio yo compré un violín.
Cuando lo tocaba,
la negra bailaba.
Bailaba la negra, bailaba el negrito,
bailaba la burra, bailaba el burrito,
bailaba la chancha, bailaba el chanchito,
bailaba la mona, bailaba el monito,
bailaba la polla, bailaban los huevos,
y siempre me quedaba con mi real y medio.

BAJO LA CAMA

Bajo la cama
del tío Simón,
hay un perrito
que toca el tambor;
dale que dale,
con el bastón
hasta que salga
la procesión.

BUENOS DÍAS, SU SEÑORÍA

—¡Buenos días, su señoría!
Matantiru lirolá.
—¿Qué quería su señoría?
Matantiru lirolá.
—Yo quería una de sus hijas.
Matantiru lirolá.
—¿A cuál de ellas la quería?
Matantiru lirolá.
—Yo quería a “N. N.”.
Matantiru lirolá.
—¿Qué oficio le pondremos?
Matantiru lirolá.
—La pondremos de costurera.
Matantiru lirolá.
—Ese oficio no le agrada.
Matantiru lirolá.
—La pondremos de cocinera.
Matantiru lirolá.
—Ese oficio no le agrada.
Matantiru lirolá.
—La pondremos de planchadora.
Matantiru lirolá.
—Ese oficio no le agrada.
Matantiru lirolá.
—La pondremos de zurcidora.
Matantiru lirolá.
—Este oficio sí le agrada.
Matantiru lirolá.

CABALLITO BLANCO

Caballito blanco,
reblanco,
dime la verdad,
Soledad.

—Yo te la diré,
prenda mía.

—Yo te la diré,
ven acá:

Tengo, tengo, tengo,
tú no tienes nada.

—Tengo tres ovejas
en una cabaña:

Una me da leche,
otra me da lana,
otra me mantiene
toda la semana.

EN COCHE VA UNA NIÑA

En coche va una niña, carabín,
en coche va una niña, carabín,
hija de un capitán, carabirurín, carabirurán,
hija de un capitán, carabirurín, carabirurán.

Qué hermoso pelo tiene, carabín,
qué hermoso pelo tiene, carabín,
¿quién se lo peinará?, carabirurín, carabirurán,
¿quién se lo peinará?, carabirurín, carabirurán.

Lo peinará su tía, carabín,
lo peinará su tía, carabín,
con mucha suavidad, carabirurín, carabirurán,
con mucha suavidad, carabirurín, carabirurán.

Con peinécito de oro, carabín,
con peinécito de oro, carabín,
y horquillas de cristal, carabirurín, carabirurán,
y horquillas de cristal, carabirurín, carabirurán.

Elisa ya está enferma, carabín,
Elisa ya está enferma, carabín,
quizá si sanará, carabirurín, carabirurán,
quizá si sanará, carabirurín, carabirurán.

Elisa ya está muerta, carabín,
Elisa ya está muerta, carabín,
la llevan a enterrar, carabirurín, carabirurán,
la llevan a enterrar, carabirurín, carabirurán.

Con varios oficiales, carabín,
con varios oficiales, carabín,
y un cura sacristán, carabirurín, carabirurán,
y un cura sacristán, carabirurín, carabirurán.

Encima de la tumba, carabín,
encima de la tumba, carabín,
un pajarillo va, carabirurín, carabirurán,
un pajarillo va, carabirurín, carabirurán.

Cantando el pío, pío, carabín,

cantando el pío, pío, carabín,
y el pío, pío, pa, carabirurín, carabirurán.
y el pío, pío, pa, carabirurín, carabirurán.

EN EL ARCA DE NOÉ

En el arca de Noé
todos caben, todos caben;
en el arca de Noé
todos caben, y yo también.

¿Quieren oír cómo hace el gallo?
¿Quieren oír?
El gallo hace así:
cocorocó, quiquiriquí.

En el arca de Noé
todos caben, todos caben;
en el arca de Noé
todos caben, y yo también.

¿Quieren oír cómo hace el tero?
¿Quieren oír?
El tero hace así:
tero, tero, tero, terotí.

HABÍA UNA VIEJA

Había una vieja,
virueja, virueja,
de pico picotueja,
de pomporerá.
Tenía tres hijos,
virijo, virijo,
de pico picotijo
de pomporerá.
Uno iba a la escuela
viruela, viruela,
de pico picotuela,
de pomporerá.
Otro iba al estudio,
Virudio, virudio,
de pico picotudio
de pomporerá.
Otro iba al colegio.
viregio, viregio,
de pico picotegio,
de pomporerá.
Aquí termina el cuento,
viruento, viruento,
de pico picotuento,
de pomporerá.

DE DIEZ PERRITOS QUE YO TENÍA

De diez perritos que yo tenía,
uno se murió en la nieve;
no me quedan más que nueve.
De nueve perritos que yo tenía,
uno se murió de chocho;
no me quedan más de ocho.
De ocho perritos que yo tenía,
uno se murió de peste;
no me quedan más que siete.
De siete perritos que yo tenía,
uno ya no lo veréis;
no me quedan más que seis.
De seis perritos que yo tenía,
uno se murió de un brinco;
no me quedan más que cinco.
De cinco perritos que yo tenía,
uno se lo comió el gato;
no me quedan más que cuatro.
De cuatro perritos que yo tenía,
uno se lo llevó Andrés;
no me quedan más que tres.
De tres perritos que yo tenía,
uno se murió de tos;
no me quedan más que dos.
De dos perritos que yo tenía,
uno se murió de tuno.
no me queda más que uno.
De un perrito que yo tenía,
se me murió en el cerro;
no me quedan ya más perros.

LA HORMIGUITA Y RATÓN PÉREZ

La hormiguita y ratón Pérez
se casaron anteayer.
¿Dónde fue? Yo no sé,
qué coleritín, qué coleritón.
¡Que viva la hormiga,
que viva el ratón!
Ella es buena y hacendosa,
y él es muy trabajador,
qué coleritín, qué coleritón.
¡Que viva la hormiga,
que viva el ratón!

LA VIDA DE JUAN SOLDADO

La vida de Juan Soldado
es muy larga de contar:
que tender, que tender,
que lavar, que lavar,
que tender la ropa
en el retamar.
Un soldado se ha perdido:
lo salieron a buscar
veinticinco granaderos,
un cabo y un oficial.
Que tender, que tender,
que lavar, que lavar,
que tender la ropa
en el retamar.

MAMBRÚ SE FUE A LA GUERRA

Mambrú se fue a la guerra,
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!
Mambrú se fue a la guerra,
no sé cuándo vendrá.
¡Ah, ah, ah, ah, ah, ah!
No sé cuándo vendrá.

¿Vendrá para la Pascua?
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!
¿vendrá para la Pascua
o por la Trinidad?
¡Ah, ah, ah, ah, ah, ah!
O por la Trinidad.
La Trinidad se pasa,
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!
la Trinidad se pasa,
Mambrú no vuelve más.
¡Ah, ah, ah, ah, ah, ah!
Mambrú no vuelve más.
Por allí viene un paje,
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!
por allí viene un paje,
¿qué noticias traerá?
¡Ah, ah, ah, ah, ah, ah!
¿Qué noticias traerá?
—Las noticias que traigo,
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!
—Las noticias que traigo,
¡dan ganas de llorar!
¡Ah, ah, ah, ah, ah, ah!
¡Dan ganas de llorar!

Mambrú ha muerto en guerra.
¡Qué dolor, qué dolor, qué pena!
Mambrú ha muerto en guerra,
y yo le fui a enterrar.
¡Ah, ah, ah, ah, ah, ah!
Y yo le fui a enterrar.
Con cuatro oficiales
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!
con cuatro oficiales

y un cura sacristán.
¡Ah, ah, ah, ah, ah, ah!
Y un cura sacristán.
Encima de la tumba
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!
encima de la tumba
los pajaritos van,
¡Ah, ah, ah, ah, ah, ah!
Los pajaritos van,
Cantando el pío, pío,
¡Ah, ah, ah, ah, ah, ah!
Cantando el pío, pío,
el pío, pío, pa.

HILO DE ORO, HILO 'I PLATA

Hilo de oro, hilo 'i plata,
vino el ángel San Gabriel;
y me dijo una mujer:
—¡Qué lindas hijas tenéis!
Si las tengo o no las tengo,
yo las sabré mantener;
con el pan que Dios me da,
todas comen y yo también.
Ya me voy muy enojado
para el palacio del rey,
a avisárselo a la reina,
y al hijo del rey también.
Vuelve, vuelve, pastorcillo,
no seas tan descortés;
de las tres hijas que tengo,
la mejor te la daré.
Esta llevo y esta traigo,
por esposa y por mujer,
que su madre es una rosa
y su padre es un clavel.

MI SEÑOR DON GATO

Mi señor don gato
hoy amaneció
enfermo postrado
por hondo dolor.
Su esposa alarmada,
llena de aflicción,
dispuso que a escape,
viniera el doctor.
Unas quince ratas
diz que devoró;
mas, claro, le vino
seria indigestión.
Si a morir llegase
¡no lo quiera Dios!;
él tendría la culpa
porque fue glotón,
miau, miau, miau,
porque fue glotón.

NIEVE QUE CORTAS PATITA

—Nieve que cortas patita,
¿por qué sois mala?

—Yo no soy mala;
el sol es malo,
me derrite a mí.

—Sol que derrites nieve,
nieve que cortas patita,
¿por qué sois malo?

—Yo no soy malo;
la nube es mala,
que me ataja a mí.

—Nube que atajas sol,
sol que derrites nieve,
nieve que cortas patita,
¿por qué sois mala?

—Yo no soy mala;
el viento es malo,
que me lleva a mí.

—Viento que llevas nube,
nube que atajas sol,
sol que derrites nieve,
nieve que cortas patita,
¿por qué sois malo?

—Yo no soy malo;
la pared es mala,
que me ataja a mí.

—Pared que atajas viento,
viento que llevas nube,
nube que atajas sol,
sol que derrites nieve,
nieve que cortas patita,
¿por qué sois mala?

—Yo no soy mala;
mala es la rata
que me cava a mí.

—Rata que cavas pared,

pared que atajas viento,
viento que llevas nube,
nube que atajas sol,
sol que derrites nieve,
nieve que cortas patita,
¿por qué sois mala?
—Yo no soy mala;
malo es el gato,
que me come a mí.

—Gato que comes rata,
rata que cavas pared,
pared que atajas viento,
viento que llevas nube,
nube que atajas sol,
sol que derrites nieve,
nieve que cortas patita,
¿por qué sois malo?
—Yo no soy malo;
malo es el perro,
que me mata a mí.

—Perro que matas gato,
gato que comes rata,
rata que cavas pared,
pared que atajas viento,
viento que llevas nube,
nube que atajas sol,
sol que derrites nieve,
nieve que cortas patita,
¿por qué sois malo?
—Yo no soy malo,
malo es el palo,
que me mata a mí.

—Palo que matas perro,
perro que matas gato,
gato que comes rata,
rata que cavas pared,
pared que atajas viento,
viento que llevas nube,
nube que atajas sol,
sol que derrites nieve,

nieve que cortas patita,
¿por qué sois malo?
—Yo no soy malo;
malo es el fuego,
que me quema a mí.

—Fuego que quemas palo,
palo que matas perro,
perro que matas gato,
gato que comes rata,
rata que cavas pared,
pared que atajas viento,
viento que llevas nube,
nube que atajas sol,
sol que derrites nieve,
nieve que cortas patita,
¿por qué sois malo?
—Yo no soy malo;
el agua es mala,
que me apaga a mí.

—Agua que apagas fuego,
fuego que quemas palo,
palo que matas perro,
perro que matas gato,
gato que comes rata,
rata que cavas pared,
pared que atajas viento,
viento que llevas nube,
nube que atajas sol,
sol que derrites nieve,
nieve que cortas patita,
¿por qué sois mala?
—Yo no soy mala;
el buey es malo
que me bebe a mí.

—Buey que bebes agua,
agua que apagas fuego,
fuego que quemas palo,
palo que matas perro,
perro que matas gato,
gato que comes rata,

rata que cavas pared,
pared que atajas viento,
viento que llevas nube,
nube que atajas sol,
sol que derrites nieve,
nieve que cortas patita,
¿por qué sois malo?
—Yo no soy malo;
malo es el hombre,
que me mata a mí.

—Hombre que matas buey,
buey que bebes agua,
agua que apagas fuego,
fuego que quemas palo,
palo que matas perro,
perro que matas gato,
gato que comes rata,
rata que cavas pared,
pared que atajas viento,
viento que llevas nube,
nube que atajas sol,
sol que derrites nieve,
nieve que cortas patita,
¿por qué sois malo?
—Yo no soy malo;
Mala es la muerte,
que me mata a mí.

PALOMITA BLANCA

—Palomita blanca,
reblanca, reblanca,
¿dónde está tu nido,
renido, renido?

—En un palo verde,
reverde, reverde,
todo florecido,
recido, recido.

PARA “EL PIN, PIN”

La gallina del general
puso huevos en el corral.
Pin, pin, déjala venir:
puso uno, puso dos,
puso tres, puso cuatro.
Pin, pin, déjala venir.

La gallina castellana
puso huevos en la callana.
Pin, pin, déjala venir:
puso uno, puso dos,
puso tres, puso cuatro.
Pin, pin, déjala venir.

La gallina del mercado
puso huevos en el cercado.
Pin, pin, déjala venir:
puso uno, puso dos,
puso tres, puso cuatro.
Pin, pin, déjala venir.

La gallina colorada
puso huevos en la ramada.
Pin, pin, déjala venir:
puso uno, puso dos,
puso tres, puso cuatro,
puso cinco, puso seis.
Pin, pin, déjala venir:
si solita viene,
sola se ha de ir.

SAN SERENÍ DEL MUNDO

San Serení del mundo,
San Serení cortés,
yo, como soy cristiana,
me levantaré.

Hacen así, así los angelitos.
Así, así, así me gusta a mí.

San Serení del mundo,
San Serení cortés,
yo, como soy cristiana,
me levantaré.

Hacen así, así los jovencitos.
Así, así, así me gusta a mí.

San Serení del mundo,
San Serení cortés,
yo, como soy cristiana,
me levantaré.

Hacen así, así las lavanderas.
Hacen así, así las costureras.
Hacen así, así las planchadoras.

San Serení del mundo,
San Serení cortés,
yo, como soy cristiana,
me levantaré.

Hacen así, así los angelitos.
Así, así, así me gusta a mí.

SE ME HA PERDIDO UNA NIÑA

Se me ha perdido una niña,
cataplín, cataplín, cataplero,
se me ha perdido una niña,
en el fondo del jardín.

Yo se la he encontrado,
cataplín, cataplín, cataplero,
yo se la he encontrado,
en el fondo del jardín.

Haga el favor de entregarla,
cataplín, cataplín, cataplero,
haga el favor de entregarla,
del fondo del jardín.

¿En qué quiere que la traiga,
cataplín, cataplín, cataplero,
en qué quiere que la traiga,
del fondo del jardín?

Tráigamela en sillita,
cataplín, cataplín, cataplero,
tráigamela en sillita,
del fondo del jardín.

Aquí la traigo en sillita,
cataplín, cataplín, cataplero,
aquí la traigo en sillita,
del fondo del jardín.

UNA HORA DUERME EL GALLO

Una hora duerme el gallo,
dos el caballo,
tres el santo,
cuatro el que no lo es tanto,
cinco el peregrino,
seis el teatino,
siete el caminante,
ocho el estudiante,
nueve el caballero,
diez el majadero,
once el muchacho,
y doce el borracho.

YO SOY LA VIUDITA

Yo soy la viudita
del barrio del rey,
me quiero casar
y no sé con quién.
—Pues, ¿siendo tan bella,
no encuentra con quién?
Elija a su gusto,
que aquí tiene cien.
—Con esta, sí,
con esta, no,
con esta señorita
me caso yo.

YO TENÍA UNA GALLINITA

Yo tenía una gallinita,
corococó.
Diez centavos me costó,
corococó.
La compré por la mañana,
corococó.
Por la tarde se murió,
corococó.
Yo no lloro por la gallina,
corococó.
Ni tampoco por los centavos,
corococó.
Solo lloro por los pollitos,
corococó.
Que decían pio, pío, pío.
corococó.

ARRORRÓ MI NIÑO

Arrorró mi niño,
arrorró mi sol,
arrorró pedazo,
de mi corazón.

Este niño lindo
ya quiere dormir;
háganle la cuna
de rosa y jazmín.

Háganle la cama
en el toronjil,
y en la cabecera
pónganle un jazmín
que con su fragancia
me lo haga dormir.

LAS ONCE Y MEDIA SERÍAN

Las once y media serían,
cuando sentí un ruido en casa;
pongo mi escalera arriba,
saco mi brillante espada...
Pero ¡qué cosa!
Vuelvo de nuevo a contar:
Las once y media serían, etc.

BAJÓ UN ÁNGEL DEL CIELO

Bajó un ángel del cielo,
que del cielo bajó,
con sus alas abiertas,
en la mano una flor.
De la flor una rosa,
de la rosa un clavel,
del clavel una niña
que se llama Isabel.
¿Para qué tantas flores
si no son para mí?
Yo me muero de amores,
yo me muero por ti.

ESTE NENE LINDO

Este nene lindo
se quiere dormir,
y el pícaro sueño
no quiere venir.

Este nene lindo
se quiere dormir,
cierra los ojitos
y los vuelve a abrir.

Este nene lindo
que nació de noche,
quiere que lo lleven
a pasear en coche.

Este niño lindo
que nació de día,
quiere que lo lleven
a Santa Lucía.

TENGO UNA MUÑECA

Tengo una muñeca
vestida de azul,
camisita blanca
con su canesú.
La saqué a paseo
y se constipó.
La puse en la cama
con mucho dolor.
Dos y dos son cuatro,
cuatro y dos son seis,
seis y dos son ocho
y ocho diez y seis.
Ocho veinticuatro
y ocho treinta y dos,
¡ánima bendita!
me arrodillo en vos.

CUCÚ, CUCÚ

Cucú, cucú,
cantaba la rana,
cucú, cucú,
debajo del agua.
Cucú, cucú,
pasó un marinero
cucú, cucú,
llevando romero.
Cucú, cucú,
pasó una criada,
cucú, cucú,
llevando ensalada.
Cucú, cucú,
pasó un caballero,
cucú, cucú,
con capa y sombrero.
Cucú, cucú,
pasó una señora,
cucú, cucú,
llevando unas moras.
Cucú, cucú,
le pedí un poquito,
cucú, cucú,
no me quiso dar,
cucú, cucú,
me puse a llorar.

MAÑANA DOMINGO

Mañana, domingo,
se casa Benito
con un pajarito.

—¿Quién es la madrina?

—Doña Catalina
rebozo de harina.

—¿Quién es el padrino?

—Don Juan Botijón
cabeza *i* terrón,
bocha de melón,
patas de azadón.

JOSÉ SE LLAMABA EL PADRE

José se llamaba el padre,
y Josefa la mujer,
y tenían un hijito
que se llamaba
José se llamaba el padre,
y Josefa la mujer,
y tenían un hijito
que se llamaba
José se llamaba el padre, etc.

EN EL PORTAL DE BELÉN

En el portal de Belén
hay un arca chiquitita,
donde se viste el Señor
para salir de visita.

¡Bailad, pastorcillos,
bailad en Belén!
que Dios es nacido
para nuestro bien.

En el portal de Belén
hay una piedra redonda,
donde se sube el Señor
para subir a la gloria.

¡Bailad, pastorcillos...

En el portal de Belén
hay un espejo cuadrado,
donde se mira el Señor
con la Virgen a su lado.

¡Bailad pastorcillos...

Campanillas en Belén
a la madrugada suenan,
para despertar al Niño
que ha nacido en Nochebuena.

¡Bailad, pastorcillos...

En el portal de Belén
gitanitos han entrado
y al Niñito de María
los pañales le han robado.

¡Bailad, pastorcillos...

En el portal de Belén
hay estrella, sol y luna.
La Virgen y San José

y el Niño que está en la cuna.

¡Bailad, pastorcillos...

En el portal de Belén
hay un clavel encarnado,
que por redimir al mundo
se ha vuelto lirio morado.

¡Bailad, pastorcillos, etc.

HOY EN TANTO HIELO

Hoy en tanto hielo
nació el Redentor,
temblando de frío,
por el pecador.
Entre pajas secas
quisiste nacer,
por darnos ejemplo
de tu padecer.
No quiero riquezas,
no quiero tener,
porque siendo rico
pobre quiero ser.
¿Qué niño será este,
niño tan llorón?
¿Cómo criatura,
siendo el Creador?
¡Albricias, albricias,
albricias le den
a este niño hermoso
que nació en Belén!

VILLANCICOS

La Virgen María
sus trenzas cortó,
hizo una cadena
que al cielo llegó.

Niñito bonito,
boquita *i* coral,
ojitos de estrella
que alumbra la mar.

LA VIRGEN FUE COSTURERA

La Virgen fue costurera
y San José carpintero,
el Niño cargó la cruz,
que ha *i* morir en un madero.
Tres palomitas
en su palomar,
se suben y bajan
al pie del altar.
¡Qué linda es la rosa
que está en el rosal!
Más lindo es el Niño
que está en el altar.
¡Qué linda es la palma
que está en el palmar!
Más lindo es el Niño,
que está en el altar.
¡Qué linda es la uva
que está en el parral!
Más lindo es el Niño
que está en el altar.

SAN JOSÉ Y LA VIRGEN

San José y la Virgen
y Santa Isabel
andan por las calles
de Jerusalén,
preguntando a todos
del Niño Jesús
que vaga cansado
de cargar la cruz.
—¿Por qué llora el niño?
¿Por qué llora el sol?
—Por una manzana,
que se le ha perdido
debajo la cama.
—Duérmete, mi niño,
yo te daré dos:
una para el niño
y otra para vos.

SEÑORA SANTA ANA

—Señora Santa Ana,
¿qué dicen de vos?

—Que soy soberana
abuela de Dios.

—Señora Santa Ana,
¿por qué llora el Niño?

—Por una manzana
que se le ha perdido
debajo la cama.

—Vamos a mi quinta,
yo te daré dos:
una para el Niño
y otra para vos.
Señor San José,
alférez mayor,
bate la bandera,
que pase el Señor.

—Señora Santa Ana,
toque la campana,
¿por qué llora el Niño?

—Por una manzana
que se le ha caído
debajo la cama.

—Vamos a mi cuarto,
yo le daré dos:
una para el Niño
y otra para vos.

ME HAN DICHO...

Me han dicho que has dicho un dicho
que han dicho que he dicho yo,
el que lo ha dicho mintió
y en caso que hubiese dicho
ese dicho que tú has dicho
que han dicho que he dicho yo,
dicho y redicho quedó,
y estaría muy bien dicho,
siempre que yo hubiera dicho
ese dicho que tú has dicho
que han dicho que he dicho yo.

**TENGO UNA TABLITA
TARABINTANTICULADA**

Tengo una tablita tarabintanticulada:
el que la destarabintanticulase
será más que buen destarabintanticulador.

PARA “LA CUECA”

Como el rocío fuera
si yo pudiera,
y a toda flor marchita
reverdeciera.
Reverdeciera, sí,
para tener
sobre todas las flores
algún poder.

PARA “LA ZAMBA”

Arboledas y bosques
junto al camino
son los depositarios
de mi destino.

De mi destino, sí,
ni Juan ni Juana,
lo mismo nomás tiene
hoy que mañana.

Hoy que mañana, sí,
miren qué chiste,
llorando me dejaste
cuando te fuiste.

La yerba del olvido
yo no la encuentro,
no sé cómo los hombres
la hallan tan presto.

La hallan tan presto, sí,
yo la he buscado
en todo los jardines,
no la he encontrado.

No la he encontrado, sí,
la ando buscando
y como no la encuentro
paso llorando.

PARA “EL BAILECITO”

Cuatro pañuelos blancos,
cuatro celestes;
cuatro coloraditos
me dan la muerte.

Una vez clavelina
y otra clavel,
y otra vez lucerito
del amanecer.

Una paloma blanca
como la nieve,
me ha picado en el alma,
¡ay, que me duele!

PARA “LA HUELLA”

A la huella, huella,
huella por el mar:
ábrase la tierra,
vuélvase a cerrar.

A la huella, huella,
dense la mano,
como se dan la pluma
los escribanos.

Vámonos a la huella,
vámonos donde,
donde nace la luna
y el sol se pone.

PARA “EL CIELITO”

Cielo, cielito y más cielo:
cielito siempre cantad;
que la alegría es del cielo,
del cielo es la libertad.

PARA “EL ESCONDIDO”

Cuando salí de mi casa
todos lloraban por mí:
las piedras lloraron sangre
y el sol no pudo salir.

Todos dicen: “Pobre mozo,
¡por el amor se ha perdido!” .
Yo les digo: “Déjenme,
mi gusto y mi anhelo ha sido”.

*Salí, lucero, salí,
salí que te quiero ver;
aunque las nubes te tapen
salí si sabés querer.*

¡Ay, qué linda, sí,
ay, qué linda flor!
¡Qué linda la naranja
cortadita en sazón!

*Venite y vení,
tirame a matar
Con pistola de queso
y balas de patay.*

CANCIÓN DEL VERDE

Verde, verdosa:
átatela al pelo,
rubia donosa.

Así es La Rioja:
amarilla la fruta,
verdes las hojas.

Verde y más verde:
porque las esperanzas
nunca se pierden.

ÍNDICE

	Pág.
Resolución del Consejo Nacional de Educación.....	7
PRÓLOGO	13
LEYENDAS, CUENTOS Y RELATOS IMAGINARIOS:	
M ediopollo	21
La niña prudente.....	26
La palomita	30
El camino del cielo	37
La flor del lirolav	43
Levendas de San Francisco Solano	47
1. — El pan	47
2. — Río Hondo	48
La Virgen del Valle	49
La cruz de los milagros.....	51
El cerro del Morro	53
NARRACIONES DE SUCESOS REALES:	
La ciudad de Esteco	57
Centinela valiente	59
A través del Chaco	61
Muerte del Chacho	63
FÁBULAS Y APÓLOGOS:	
El sembrador, el tigre y el zorro	67
El zorro v la perdiz	69
El tigre v el zorro	71
El zorro y el quirquincho	76
El zorro iuez	78
La mula v el tigre	80
Las manchas del sapo	81
ANÉCDOTAS:	
El reloj de Lavalle	85
Oficios criollos	86
Histórico contrapunto	88
La sargento Catarro	90
CUENTOS ANIMALÍSTICOS:	
El chajá.....	
El chingolo	95
El urutaú	96
El quirquincho	97
La urraca	99
La iguana	100
El cacuy	101
ADIVINANZAS:	
Adivinanzas	107

LÍRICO O SUBJETIVO:	
Camina la Virgen Santa	127
Entre San Pedro v San Juan	129
Vidalitas	131
HEROICO E HISTÓRICO:	
Respuesta oportuna	135
Coplas	138
PRECEPTIVO Y MORAL:	
Las aves que hicieron nido	143
BUCÓLICO Y DESCRIPTIVO DE LA NATURALEZA:	
Viene el alegre verano	147
Dicen que el carnaval viene	149
Coplas	150
SATÍRICO Y FESTIVO :	
Pintar el mundo al revés	159
Coplas	161
RIMAS INFANTILES Y CANCIONES DE CUNA:	
¿Adónde vas, pastorcillo?	169
A la orilla de un río	170
El niño del aguatero	171
Al niño bonito	172
Al pasar la barca	173
Aver tarde tuve un real v medio	174
Baio la cama	177
¡Buenos días, su señoría!	178
Caballito blanco	180
En coche va una niña	181
En el arca de Noé	183
Había una vieja	181
De diez perritos que yo tenía	186
La hormiguita y ratón Pérez	183
La vida de Juan Soldado	189
Mambrú se fue a la guerra	190
Hilo de oro, hilo 'i plata	193
Mi señor don gato	194
Nieve que cortas patita	195
Palomita blanca	201
Para “el nin. nin”	202
San Serení del mundo	201
Se me ha perdido una niña	206
Sobre el puente de Aviñón	208
Una hora duerme el gallo	209
Yo soy la viudita	210
Yo tenía una gallinita	211
Arrorró mi niño	212

Las once y media serían	213
Baió un ángel del cielo	214
Esto nene lindo	215
Tengo una muñeca	216
Cucú. cucú. cantaba la rana	217
Mañana domingo	219
José se llamaba el padre	220
VILLANCICOS:	
En el portal de Belén	223
Hoy en tanto hielo	225
Villancicos	226
La Virgen fue costurera	227
San José y la Virgen	228
Señora Santa Ana	229
DESTRABALENGUAS:	
Me han dicho	233
Tengo una tablita tarabintantinculada	234
BAILES:	
Para “la cueca”	237
Para “la zamba”	238
Para “el bailecito”	240
Para “la huella”	241
Para “el cielito”	242
Para “el escondido”	243
Canción del verde	244